EL INTRUSO

EL INTRUSO

DRAMA

EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO, EN PROSA

inspirado en la lectura de una obra rusa

Y ESCRITO POR

FÉLIX G. LLANA Y JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

TEATRO DE LA COMEDIA, el día 4 de Abril de 1900



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana 20

Teléfono núm. 551

1900

Al notable actor

Donato Jiménez

Cuando al leer **El pan ajeno** de Turguenef, pensamos en escribir una obra española inspirada en la del escritor ruso, tuvimos el propósito de que nuestra modesta labor adquiriese vida con la interpretación artística que usted le diera.

El Instruso, pues le pertenece de hecho y así lo reconocen, sus amigos

Félix G. Llana

J. Francos Rodríguez

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CÁNDIDA, duquesa de Balpuente (25 años).	SRA. PINO.
ANDREA, criada (20 id.).............	SRTA. HORNERO.
DON MIGUEL DE LA BÁRCENA (70 id.)...	DON DONATO JIMÉNEZ.
EL DUQUE DE BALPUENTE (35 id.).....	SR. ECHAIDE.
CONDE DE QUINTERO (30 id.).........	ARCILA.
SINFOROSO, aldeano (55 id.)..........	MANSO.
RAMIREZ (30 id.)...................	RUBIO.
NICOLÁS, ayuda de cámara del Duque (40 idem)...........................	GONZÁLVEZ.
JUAN....... criados. (40 id.)........	LARRAZ.
FRANCISCO.. criados. (50 id.)........	BARCELÓ.

Campesinos, asturianos.

La acción de los dos primeros actos, en un antiguo Palacio señorial de Asturias.—El tercero, en el caserío de LA POMARADA inmediato al Palacio.

Derecha é izquierda, la del espectador

ACTO PRIMERO

Salón de paso en la morada de los duques de Balpuente. Muebles ricos de nogal tallado, pero sin el lujo propio de las grandes capitales. A la izquierda una mesa redonda de un solo pie. En las paredes se procurará imitar el decorado de los palacios antiguos. Gran puerta de entrada en el foro con balaustrada y dos laterales izquierda. A la derecha otra puerta de entrada á las habitaciones y un balcón con vidrieras á la izquierda, que se supone da al campo. Al través de la gran puerta del fondo se ven las copas de los árboles del parque. En todos los detalles se ha de notar que se trata de una antigua casa solariega como todavía se ven en el Norte de España.

ESCENA PRIMERA

JUAN y FRANCISCO, vestidos como la gente del campo. NICOLÁS, con traje propio de los criados de la aristocracia madrileña. Este examina la mesa que está preparando Juan al levantarse el telón. Francisco sale por la derecha

NIC. (Habla á los criados con altanería.) ¿Está todo arreglado?

FRAN. Todo, sí, señor.

NIC. ¿Has puesto las colgaduras?

FRAN. Ya están puestas. Y el salón principal limpio como los chorros del oro.

NIC. Corriente. Es preciso airear todas las habitaciones para que desaparezca este maldito olor á humedad.

JUAN La humedad no hace daño á nadie. Es cosa

de la tierra. Ya ve usted qué sanos y qué colorados estamos todos. (Sonriéndose.)

NIC. (Dirigiéndose á él con mal humor.) No se trata de vosotros, sino de personas de calidad y de posición. (Aparte.) ¡Habrá zopenco!

FRAN. (Aparte.) ¡Vaya unos humos! (Francisco se dirige hacia el balcón y abre las vidrieras de par en par.)

JUAN Como hace ya tanto tiempo que toda esta parte del palacio estaba cerrada...

FRAN. Más de seis años.

NIC. Ahora es necesario disponer el almuerzo por si los señores Duques quieren tomar algo antes de descansar del viaje.

FRAN. El señor tendrá que dispensarnos, porque nosotros, criados entre gente rústica, no estamos hechos á finuras como ustedes los que viven en Madrid. En el campo no se encuentran muchas comodidades.

NIC. Ya lo veo.

JUAN Pero como servidores sumisos y leales, lo somos... vaya si lo somos. Los dos hemos comido, durante muchos años, el pan de esta casa.

NIC. No se trata de gratitud, sino de servir bien á los amos... Porque para pasar unos cuantos días en Asturias, no era cosa de que el señor Duque enviase por delante toda su servidumbre. Para eso he venido yo, para que todo se encuentre listo, para que no falte nada.

JUAN. Y á nosotros nos parecía que todo estaba tan guapamente para recibir príncipes, y hasta reyes. Lo que es no entender las cosas ni conocer el mundo; ¿verdad, Francisco?

FRAN. Así es, Juan.

NIC. Precisamente.

FRAN. En vida de nuestra antigua ama (q. e. p. d.) la señora Condesa, la madre de la señorita Cándida...

NIC. (Interrumpiéndole.) ¿Qué es eso de la señorita Cándida? La señora Duquesa de Balpuente, la excelentísima señora Duquesa de Balpuente, querrás decir, majadero.

FRAN. Perdone usted. No tuve intención de faltar á

nadie. Nosotros conocimos á la señorita... digo, á la señora Duquesa, cuando era una niña, nada más que una chicuela... ¿verdad, Juan?

JUAN (Dirigiéndose á Nicolás.) Sí... sí señor; así es la verdad... Aquí se crió al lado de su madre, una gran señora, una santa, que no permitía que la llamaran Condesa... ni vuecencia, sino doña Clara... doña Clara á secas. Y ella nos hablaba á todos con mucha dulzura, con cariño, como si fuéramos sus iguales... Pero, por lo visto, á nuevos tiempos nuevas costumbres.

NIC. Justo. El señor Duque no gusta de familiaridades. De manera que le daréis el tratamiento que es muestra de respeto.

FRAN. Corriente. Así lo haremos... Pero, con licencia de usted, á mí se me figura que el tratamiento no tiene nada que ver con el respeto.

NIC. ¿Eh?

FRAN. Cuando nos dirigimos á Dios, ¿no decimos siempre: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» así, de tú por tú? Pues más que á Dios no se respeta á nadie en el mundo.

NIC. Bueno. A Dios le hablas como tengas por conveniente, pero al señor Duque le das el tratamiento que le corresponde... ¿entiendes? (Aparte.) ¡Qué maliciosos son estos aldeanos!

FRAN. No se me olvidará.. Pierda usted cuidado.

NIC. Y la señora Duquesa, ¿no venía por aquí á menudo?

FRAN. Hace ya la friolera de diez años que no la vemos. Cuando se murió su madre, como se quedaba sola y le habían nombrado tutor á un pariente, un señorón de la corte, se tuvo que ir. Y desde entonces no ha vuelto ni una vez siquiera. ¡Más triste estaba todo esto! Porque ya usted ve, un palacio sin amos, es como una ermita sin santos. Las paredes allí están, ¿pero á quién se reza?

NIC. El señor Duque dará nuevo brillo á la casa de vuestra antigua señora. Por de pronto

visitará mucho esta finca... Creo que hay en ella buenos cotos de caza.

JUAN Muy buenos.

NIC. Conque andando, á seguir los preparativos para recibir á los Duques... Que todo el mundo espere su llegada al pie de la escalinata.

FRAN. Está bien.

NIC. (A Juan.) ¿Has avisado al señor Conde de Quintero la llegada del amo?

JUAN Sí, señor.

NIC. (Mirando la mesa.) Me parece que no falta nada. Ya está todo bien aireado. Voy á cerrar el balcón. (Se acerca al balcón.) ¿Otra vez ese viejo en el jardín? ¿Quién es ese del levitón raído que anda toda la mañana de un lado para otro, como si estuviera en su casa?

FRAN. (Acercándose a mirar.) ¿Quién?

JUAN (Idem) ¿Aquel?

NIC. Sí... El mismo.

FRAN. Es don Miguel, don Miguel de la Bárcena. Un infeliz que vive en este palacio hace ya muchos años. Arriba tiene su cuarto.

NIC. ¿Algún criado viejo?

FRAN. ¡Quiá! No, señor... ¡Criado él! Tuvo en sus mocedades mucho dinero, pero se ha quedado sin una peseta. Era amigo, y hasta dicen que algo pariente de los amos, que en gloria estén.

NIC. ¿Y en qué se ocupa?

FRAN. En nada... Parece que no anda bien de la cabeza, quiero decir, que está algo *tocado.* (Señalándose la sien.)

JUAN Pero es un alma de Dios... un bendito y caballero; vaya, muy caballero, aunque pobre.

NIC. Pues ahora ciertas confianzas van á ser imposibles.

JUAN La señorita. digo, la señora Duquesa, le quiere mucho y le ampara.

NIC. Allá veremos... Ea, andad, andad listos. (Vanse Juan y Francisco.)

FRAN. (A Juan al salir.) Si el amo nuevo tiene tanto orgullo como su ayuda de cámara, lucidos estamos.

ESCENA II

NICOLÁS, DON MIGUEL y SINFOROSO

NIC. Encargaré que suban de la bodega otras dos botellas de Jerez rancio. (*Aparece en la puerta don Miguel.*) ¿Quién? El asilado. (*Le vuelve la espalda como si no le hubiera visto.*)

MIG. (*Es un tipo de anciano venerable, con larga cabellera blanca y frente ancha y espaciosa. Lleva un largo levitón de corte antiguo, muy raído, y sombrero de fieltro, también muy deteriorado.*) Vamos, hombre, entra. (*A Sinforoso.*) ¡Entra sin cuidado! Cualquiera diría que tienes miedo. (*Estas palabras las dice desde la puerta y dirigiéndose á Sinforoso, que permanece fuera. Sinforoso es un hombre de cabellos grises, aunque no representa más de cincuenta y cinco años.*)

SINF. (*Viste como los labradores acomodados.*) No, señor, no tengo miedo, es que...

MIG. Anda, pasa.

SINF. (*Quitándose el sombrero.*) Santos y buenos días.

MIG. (*Después de observar que Nicolás no contesta.*) No te ha oído. (*Avanzando unos pasos.*) ¡Hola! (*Nicolás tampoco contesta.*) ¿Eh? ¡Buenos días!

NIC. ¿Qué desea usted?

MIG. (*Con voz muy dulce.*) ¿Tardarán mucho en venir?

NIC. (*Con displicencia.*) Los señores duques de Balpuente están á punto de llegar.

MIG (*Con alegría.*) ¿Sí? ¿Oyes, Sinforoso? ¿Va á venir?

NIC. Se lo advierto á ustedes para que no anden por la casa de un sitio para otro. Toda la servidumbre ha salido ya á recibirlos. (*Vase sin saludar por la puerta del foro.*)

ESCENA III

DON MIGUEL y SINFOROSO

MIG. (Al oir las últimas palabras.) ¿Qué? ¿Cómo?

SINF. ¿Lo está usted viendo, don Miguel? ¿Vió usted con qué retintín dijo eso de la servidumbre? .. Sin duda nos toma por criados.

MIG. ¡Bah! no hagas caso. Deja á ese tonto que diga lo que quiera. ¿Qué nos importa lo que él piense de nosotros? Tú sabes que Cándida me considera y me respeta de veras. ¿Porque ese lacayo ensoberbecido y grosero me trate con altanería voy á prescindir de mis costumbres? Vivo hace muchos años en esta casa, y como mía la considero. (Sentándose en un sillón en primer término.)

SINF. Usted, bueno, don Miguel, pero yo soy un extraño.

MIG. Tú eres mi mejor amigo, el único, y tienes derecho á estar donde yo me encuentre. Vamos... siéntate... (Sinforoso se sienta en el extremo de la silla.) ¡No faltaba más! Muerta la Condesa, me habría aburrido en este palacio solitario sin tu constante compañía. Los viejos somos como los niños: necesitamos siempre un compañero á nuestro lado para contarle las cosas de la vejez, como los muchachos se comunican entre sí sus impresiones infantiles.

SINF. En eso no hago más que cumplir un deber. Para mí siempre será don Miguel de la Bárcena el caballero más cabal de Asturias. Por lo mismo temo... (Sin atreverse á continuar.)

MIG. ¿Qué es lo que temes? Vamos, habla.

SINF. Mire usted, yo creo que los tiempos cambian y que los hombres no son iguales. Algunos son, mal comparados, como las monedas, que se desgastan y pierden su valor con el uso.

MIG. ¿Y qué pretendes decir con eso?

SINF. Pues está claro. Que yo le quiero de veras; que no olvidaré nunca lo que hizo usted por mí cuando aun conservaba restos de su fortuna.

MIG. ¿Quién se acuerda de eso?

SINF. Me acuerdo yo. Por lo mismo me ofendería mucho ver que le ponían mala cara en ninguna parte.

MIG. ¿A mí?

SINF. ¿No recuerda usted lo que nos pasó la otra tarde? Se ha olvidado ya de que el conde de Quintero y ese amigote de Madrid, que vive en su compañía, quisieron hacer chacota de nosotros.

MIG. ¡Bah! ¡Bromas de gente moza! En algo han de pasar el tiempo. ¿Quién hace caso de semejantes tonterías?

SINF. Si el marido de la señorita sale también por el registro de la burla y del jolgorio, ni usted podrá vivir aquí como antes, ni yo podré acompañarle ni cosa que lo valga.

MIG. Ven acá, tozudo, ven acá. ¿Por qué has de ser tan suspicaz? Pecado es de la gente humilde la desconfianza, no lo niego. Pero tú sabes que no es de ayer mi amistad con los dueños de esta casa. ¿Por qué recelar ahora? ¿Que la niña se casó y vive conforme á su grandeza? Pues yo seré para ella lo que siempre fuí, el constante compañero de su niñez, su Miguel, su querido Miguel, y á pesar de sus nuevos títulos y de sus riquezas de seguro que me prefiere á todos, ¡vaya si me prefiere! y cuando entre por esa puerta me abrazará como antes y yo... pues yo me echaré á llorar lo mismo que ahora (*Dice estas últimas palabras con voz muy conmovida.*) Mira... mira si seré tonto que estoy llorando como un chico sin tener penas. (*Llora dulcemente.*)

SINF. Ea. No se aflija usted, don Miguel... Puede que yo me equivoque, ¡qué demonio! Las gentes rústicas somos desconfiados, como usted dice... La verdad, yo no creo que la señorita haya dejado de quererle.

MIG. De seguro que no.

SINF. Pero su marido, el señor duque, no le conoce ni usted sabe tampoco qué clase de genio tiene Antes usted vivía y mandaba en la casa, pero ahora es fácil que estorbe. Ya lo dice el refrán: «Amo nuevo vida nueva.»

MIG. ¿Estorbar? ¿Has dicho estorbar? Vaya, tú te chanceas otra vez, claro, que te chanceas. ¿Que el marido de Cándida no me conoce y que ella pudiera acceder á que se prescindiese de mí? ¡Si eso sucediera! .. Pero... ¡qué ha de suceder! Tú estás loco. ¿Consentir en eso Cándida? Pues poco que me quería. ¡Ah!... Me acuerdo como si fuese ahora del día en que se fué. Al subir al coche me dió un abrazo fuerte, apretado. El impulso para que los brazos estrujen de firme solo le da el cariño, nada más que el cariño... Marchó el coche y ella volvía muchas veces su cabecita rubia para mirarme, mientras yo estaba atónito, alelado en la portalada, viendo cómo se iba Candida, cómo se iba, lejos, muy lejos, á Madrid en aquel coche que volaba carretera adelante entre nubes de polvo, levantadas por el trotar de los caballos... Y cuando el carruaje estuvo en lo más alto del repecho, yo ví á Cándida inclinarse sobre la portezuela para decirme adiós, agitando su pañuelo como si me lo ofreciera desde lejos para enjugarme las lágrimas, que esta vez sí que no eran de chico sino de viejo triste y abandonado. (Pausa. Se queda triste y cabizbajo.)

SINF. Bueno, bueno No se entristezca usted. Todo lo que usted dice está muy bien, pero el hecho es que ella se marchó y la niña ya no es lo que fué.

MIG La llamaron á la corte, pero se ha acordado de mí. Me escribió varias cartas muy cariñosas.

SINF. ¿Pero no le dió á usted cuenta siquiera de su matrimonio? No señor... Un día nos dijo el mayordomo que la señorita se había casado y que el palacio tenía amo nuevo... ¡Ni más ni menos!

MIG. Mira tú... ¡Eso me hizo daño! Algo así como una punzada dolorosa en el corazón experimenté al ver que no se acordaba de mí en en el momento más solemne de su vida... Pero estoy seguro de que en cuanto llegue se renueva su cariño.

SINF. ¿Y de su marido sabe usted algo?

MIG. Sé que no es de nobleza antigua, pero tiene en cambio posición política y mucha influencia. La aristocracia de la sangre va perdiendo poco á poco su dinero y lo van adquiriendo otras clases más prácticas ó menos escrupulosas que ellas. Estoy por decirte que casi todos los que hoy ostentan títulos y blasones se encontrarán, dentro de algunos años, como me encuentro yo, en la miseria... ¡Qué diantre!... Ellos se tienen la culpa. Se dejaron rodear de usureros y se apoderarán de los pergaminos después de haberles chupado la sangre.

SINF. ¿Es de esos el amo nuevo?

MIG. No lo sé. Ya te he dicho que es persona de arraigo y de posición, diputado á Cortes y hombre de gran prestigio en la política. Y me alegro, sí, señor; me alegro de que tenga influencia, porque así me ayudará á ganar mi pleito.

SINF. (De mal humor.) ¡Siempre con el pleito dichoso! (Levantándose.)

MIG. ¿Eh? ¿Te enoja? ¿Crees tú que voy á consentir que se me despoje para siempre de lo que es mío? No, y mil veces no. (Exaltándose por grados y levantándose también.) Las tierras de Traslacerca, la casa señorial de los Gaitanes, las vegas de la Isla del Nalón, todo eso me pertenece. ¿Qué os figurais vosotros? ¿Porque me habeis visto con este levitón raído, suponeis que no tengo dónde caerme muerto? ¡Ah, pues si me considerais como un mendigo, andais equivocados. Yo reclamaré en justicia los bienes que me corresponden, los bienes que me han robado parientes codiciosos, y además el uso de las armas de mi familia, que hoy llevan otros

por usurpación... Pero yo rescataré mi fortuna, repito que la rescataré. (Con energía.)

SINF. Corriente No se enfade usted... Si yo no lo pongo en duda.

MIG. (En tono más suave.) Bueno... pero es que me consta que algunos hacen chacota de mí, y en esto no admito burlas. (Volviendo á exaltarse.) Puedo probar mi nobleza.

SINF. (Calmándole de nuevo.) Claro que sí. ¿Quién lo duda? Usted ganará el pleito y será rico.

MIG. ¿Me das la razón así como á los locos?

SINF. (Protestando.) ¡Qué disparate!

MIG. Si lo conozco... El escribano del pueblo, los dos abogadillos, hasta el mismo juez, me llevan en danza y aparentan dar largas al asunto para seguirme la corriente... Pero yo los confundiré á todos, y cuando vean que se me devuelve el antiguo señorío de la Bárcena, se quedarán turulatos... ¡Como te quedarás tú, que también dudas de mi razón, malicioso rústico! (En tono semiserio.)

SINF. Yo no, don Miguel.

MIG. Sí, aunque digas lo contrario. (En este momento se oye lejano ruido de voces.)

SINF. ¿Oye usted? ¡Ya están ahí!

MIG. (Con gran alegría.) Sí .. sí... Ellos serán. (Acercándose al balcón.) Ya bajan... Ya han bajado del coche... ¡Qué bonita está!... ¡Y qué alta!... Mira, mira, Sinforoso.

SINF. (Mirando por encima del hombre de don Miguel.) Ya la veo... Si es la señorita.

MIG. (Separándose del balcón, visiblemente conmovido.) ¡Qué alegría, que alegría tan grande! Al pensar que voy á abrazarla, me salta el corazón en el pecho. (Vacila ligeramente.)

SINF. (Sugetándole.) ¿Eh, qué es eso? Firmes, don Miguel, que llegan... Animo.

MIG. Ya estoy sereno... Ven. (Ambos se retiran al lado izquierdo de la escena, en segundo término. Se oye rumor de gente que se aproxima, y después entra Cándida vestida de viaje, apoyada en el brazo del Duque. Detrás de ellos entran Nicolás, que lleva neceseres lujosos de viaje, mantas, etc., etc.; Juan, Francisco, Andrea y otros varios criados y criadas vestidos de aldeanos, que se quedan en el fondo en actitud respetuosa.)

ESCENA IV

DON MIGUEL, SINFOROSO, CÁNDIDA, DUQUE, NICOLAS, JUAN, FRANCISCO, ANDREA y CRIADOS

CÁND. ¡Por fin llegamos á nuestra casa, á nuestra hermosa casa! ¡Cuántos recuerdos encierra para mí todo esto!

DUQUE (A Cándida.) ¿Sientes cansancio?

CÁND. No, nada. (Llamando.) ¡Andrea!

AND. ¿Qué manda la señora?

CÁND. (Quitándose el sombrero y el velo.) Lleva esto á mi cuarto.

AND. (Acercándose y ayudándola á quitarse el sombrero.) Voy... ¿Manda algo más la señora Duquesa?

CÁND. Espérame allí.

AND. Sí, señora. (Vase Andrea.)

NIC. (Acercándose.) ¿Los señores duques van á pasar á sus habitaciones?

CÁND. Sí, después. Pero antes quiero recorrerlo todo, mirarlo todo, recordar mil cosas agradables y algunas tristes, muy tristes... Aquí me abrazó mi madre por última vez... ¡Pobre madre mía! (Pausa. Se enjuga los ojos con el pañuelo.) Podeis retiraros, amigos míos. (Los criados se inclinan humildemente y salen.) Luego iremos al jardín, á la huerta. ¿Te gusta la casa, Enrique?

DUQUE Mucho. Estoy admirado. La primera impresión es muy agradable.

CÁND. Pues ya verás, ya verás qué valles más encantadores, qué bosques más frondosos, qué prados tan verdes. (En este momento repara en don Miguel, que, siempre seguido de Sinforoso, se ha ido replegando hacia un rincón. Durante el diálogo que antecede, don Miguel ha estado pendiente de los labios de Cándida, sin separar los ojos de ella, y pintándose en su fisonomía la gran satisfacción que experimenta.) ¿Quién? (Fijándose.) ¡Ah! Es Miguel... no hay duda, es Miguel.

MIG. Yo... sí.

CÁND. ¿No me saludas?

MIG. Estaba esperando...

CÁND. ¿Pues á qué esperas? Un abrazo... pronto... un abrazo.

MIG. ¿Eh? (Con gran alegría.) ¿Un abrazo? (Mirando á Cándida y á Sinforoso.) Temía... pero ya no... ¿Un abrazo? ¡Cándida!

CÁND. Mi querido Miguel. (Se abrazan.)

MIG. ¡Cándida!

CÁND. ¿Cómo estás?

MIG. (Balbuciente) Bien, muy bien... Cada día mejor. (Besándole las manos.)

DUQUE ¿Este señor es...?

CÁND. Don Miguel de la Bárcena.

MIG. (Inclinándose) Servidor.

CÁND. (Al Duque.) Te he hablado de él algunas veces... Vive aquí hace muchos años.

MIG. ¿Has hablado de mí?... Digo, no... ¿Ha hablado usted?... ¡La costumbre!... Perdone usted, señor Duque, mi familiaridad... Pero la he conocido desde niña, desde que nació... Ahora ya veo que es toda una señora casada, digna de respeto... Pero los viejos tenemos licencia para todo... ¿Conque te has acordado del pobre Miguel? ¿Oyes, Sinforoso? ¡Se ha acordado de mí! Bien te decía yo. ¡Anda, hombre, saluda á los señores duques! (A Cándida.) Es Sinforoso... Un amigo mío... El casero de la Pomarada.

SINF. Señora duquesa... (Inclinándose respetuosamente.)

CÁND. Sí, sí, ya recuerdo.

MIG. ¿Ves? También se acuerda de ti. ¡Qué memoria tan hermosa tiene! Igual que la cara y que el alma. Como que es parte del alma la memoria, y á la cara salen los sentimientos.

CÁND. Mi buen Miguel... ¡Siempre tan cariñoso!

DUQUE (Con cierta displicencia.) Vamos, Cándida, después del viaje necesitas algún descanso.

CÁND. ¿Descanso? Si no siento la menor fatiga... Ahora que estás en mis dominios, tienes que ser mi siervo, mi esclavo... Todo el día hemos de andar de un lado para otro... Oye, Miguel, tú me irás diciendo las cosas que han ocurrido en mi ausencia.

MIG. Con mucho gusto.

CÁND. ¿Te acuerdas de nuestras meriendas en el molino? (Al Duque.) Me llevaba casi todas las tardes al molino y allí á trabajar, á soltar la compuerta del agua que corría espumante por la presa.

MIG. Y cómo se enfadaba el molinero, Manuel. «Por el amor de Dios, señorita, no haga usted eso... Si la señora se enterase.»

DUQUE Sí... sí... ya me figuro.

CÁND. Pero yo sin hacerle caso, llenándome de harina los brazos, el vestido, la cara... hasta el pelo... Y cuando caía rendida de cansancio, á merendar lo que me había dispuesto Miguel y después á sacudir las huellas de aquel polvillo blanco, para que mi madre, mi pobre madre, no conociese mi faena y mi ajetreo de la tarde. ¡Cuánto nos hemos divertido!

MIG. ¡Oh, sí... mucho!

DUQUE Bueno; basta. Por Dios, Cándida, no excites más tu imaginación con recuerdos que acabarán por ponerte triste. Lo pasado... pasó... Ahora vida nueva, vida propia de tu condición y de tu clase.

MIG. (Con cierta tristeza.) Sí, cierto... Tiene razón el señor duque... Ya me voy... Luego volveré y tendré el gusto de acompañarles si me dispensan este honor... Conque hasta después.

CÁND. (Tendiéndole la mano.) Adiós Miguel.

MIG. Adiós Cándida. . ¡Señor duque!

DUQUE (Inclinándose.) Hasta la vista.

MIG. (A Sinforoso.) Vamos, Sinforoso.

SINF. Vamos. (Al Duque y á Cándida.) A sus órdenes.

MIG. Anda. (Sinforoso tropieza con un muelle.) Con tiento (Le coge de la mano. ¡Pobrecillo!... Está atontado. (A Sinforoso con mucha alegría.) ¿No decías que ya no se acordaba de mí? Pues ya lo has visto... ya lo has visto (Mirando á Cándida.) ¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa está... más que nunca!... (Desde la puerta.) ¡Qué feliz, soy Sinforoso! ¡Qué dicha más grande!... Adiós... (Llevándose la mano al pecho. Vanse los dos por el fondo.)

ESCENA V

CANDIDA y EL DUQUE

CÁND. ¡Pobre Miguel!... ¡Qué contento va!

DUQUE ¿Decías que ese hombre vive en esta posesión hace muchos años?

CÁND. Antes de nacer yo.

DUQUE ¿Y no te parece que en lo sucesivo sería más conveniente que fuese á vivir en otra casa de campo cualquiera?

CÁND. ¿Por qué? ¿Acaso te disgusta?

DUQUE No.

CÁND. ¿Entonces?

DUQUE Por que residiendo nosotros aquí, no creo oportuno que entre y salga á su antojo. Tendremos visitas, gente distinguida de la ciudad que vendrá á saludarnos.

CÁND. No molestará... Es muy discreto... ¡Pobre Miguel! Sus desgracias han sido infinitas...

DUQUE La caridad es una virtud muy recomendable, muy cristiana, pero puede ejercerse á distancia.

CÁND. Pero es que él es demasiado orgulloso para aceptar una limosna.

DUQUE ¡Qué buena eres! (Cogiéndole la mano.)

CÁND. Pero un poco rústica ¿no es cierto? (Se sonrie.) Conozco que algunas veces, aunque nada me digas, te contraría un poco mis inclinaciones ..

DUQUE Por Dios Cándida .. No digas eso. . Tú que has sido el encanto de Madrid, que has brillado justamente entre lo más distinguido de la buena sociedad. Orgullo grande tengo por haber alcanzado tu cariño.

CÁND. Sin duda observas en mis gustos, ciertas reminiscencias de lo que fué mi vida durante los primeros años... ¡Qué quieres! No es mía la culpa. Las huellas de la juventud no se borran nunca.

DUQUE (Protestando.) ¡Qué tontería! ¿Cómo han de desagradarme ciertos rasgos tuyos que revelan

claramente lo puro de tus sentimientos y la bondad de tu corazón? Pero considera quién eres y lo que exije la posición que ocupas en el mundo.

CÁND. Pues aquí como aquí, y allá en la corte como en la corte. No puedes imaginarte cuanto ansiaba encontrarme en la aldea, para recabar mi libertad absoluta, prescindiendo de fórmulas ridículas y de embarazosos miramientos. En aquel mundo político que te rodeaba, que acudía asiduamente á nuestros salones, nunca ví la sinceridad ni la buena fe.

DUQUE (Con amabilidad aunque con cierta ironía.) Corriente... No insisto más... á satisfacer tu gusto, que es ley para mí; demasiado lo sabes... ¿Deseas unas cuantas semanas de vida campestre? Pues vida campestre desde la mañana á la noche... Egloga pura... Mucha sencillez, mucho aire, mucho cielo y si llega la ocasión, música campestre, tambor y gaita... Ea... Ya me tienes transformado en un nuevo Batilo.

CÁND. Búrlate, búrlate cuanto gustes... No por eso dejaré de quererte... ¡Ingrato! (Con seriedad cómica.)

DUQUE (Riéndose.) Y si me apuras, capaz soy de aprender á tocar el caramillo y la zampoña... Resucitemos la antigua Arcadia... Todo lo olvido durante treinta días.

CÁND. No son muchos...

DUQUE Pero, por de pronto, cuida un poco de tu *toilette.* El conde de Quintero y Ramírez, nuestros vecinos de veraneo, almorzarán hoy con nosotros, y ya sabes que esos no gustan mucho de la poesía bucólica. Vendrán á saludar á la duquesa de Balpuente, y es preciso hacer los honores de la casa á tan amables huéspedes.

CÁND. Sí... sí... Ya voy... concluyo pronto... En seguida vuelvo. Hasta luego, excelentísimo señor. (Hace una gran reverencia con afectación muy cómica.)

DUQUE Hasta la vista, hermosísima zagala.

CÁND. (Acercándose á su marido y abrazándole.) ¡Burlón... burlón!.. No debía abrazarte... No lo mereces... (Separándose.) Adiós... adiós... (Vase.) ¡Hasta luego! (Desde la puerta derecha por donde entró su doncella.)

ESCENA VI

DUQUE y NICOLÁS, que entra por el fondo, y después el CONDE DE QUINTERO y RAMÍREZ, vestidos con trajes de campo con espuelas y látigo

NIC. ¿Señor Duque?
DUQUE ¿Eh? ¿Qué hay?
NIC. El señor Conde y el señor Ramírez.
DUQUE ¡Ah... sí! Que pasen. (Vase y vuelve.)
CONDE (Apareciendo.) ¡Querido Enrique!
RAM. (Idem.) Duque.
DUQUE ¡Bien venidos! Sois mi providencia.
CONDE Y tú la mía... Llevo ya quince días de destierro absoluto en este rincón del mundo.
DUQUE Pues yo estoy condenado á un mes. ¿Y esa herencia?
CONDE Todavía no está arreglada. Sí, chico, quince días de aburrimiento lento, pero continuo, como la desaparición del Imperio Otomano. Gracias á que me traje á éste; (Señala á Ramírez.) pero, querido Duque, Ramírez está inaguantable de puro soso.
RAM. Muchas gracias por la lisonja, Conde.
CONDE Es justicia.
DUQUE (Sonriéndose.) ¿Cómo es eso? Ramírez, hay que volver por el crédito, ¡qué diantre!
CONDE Pues nada, amigo mío, con el cambio de clima se le agotó el buen humor. Se pasa el santo día contándome historias escandalosas, olvidadas ya de puro sabidas. Aguza, aguza el ingenio, porque si no tienes ingenio, ¿qué te queda?
RAM. Si eso se comprara con dinero, podrías ser tú el hombre más gracioso de España. (El Duque se ríe.)
CONDE ¡Hola! ¿A falta de chistes apelas á las desvergüenzas?... Cuidado... Te voy á retirar los

alimentos. Sí, señor; te voy á poner á pan y agua durante una semana, para ver si es cierto aquello de que «el hambre es la décima musa».

DUQUE El castigo es superior á la pena. (Se ve que el Duque y el Conde se entretienen con Ramírez como con un bufón.)

RAM. Pero, ¿en qué vamos á matar el tiempo? No se puede jugar una mala partida de *bacarrat*, porque no hay puntos; ni tener un rato de chismografía agradable, porque no hay de quién murmurar; ni siquiera un desafío, porque tampoco hay con quién batirse. Luego, ¿con qué puedo entrenerte, vamos á ver, con qué?

CONDE Eso es cuenta tuya... ¡Discurre! ¡Inventa! Haz algo... Destierra nuestro *spleen*... Y, sobre todo, diviértenos.

DUQUE Por de pronto tomaremos unas copitas de Jerez antes de almorzar. (Llamando.) ¡Nicolás! (Éste, que ha permanecido en actitud respetuosa, en el fondo, durante el diálogo que antecede, se acerca.)

NIC. ¿Qué manda el señor Duque?

DUQUE Sirve Jerez. (Nicolás se acerca á la mesa de la derecha, donde los criados dejaron algunas botellas, y después deja sobre la mesa de la izquierda, donde sirve el licor en unas copas.)

RAM. Muy bien pensado. Ahoguemos en vino la misantropía.

CONDE El remedio supremo.

DUQUE El único muchas veces.

RAM. (Como quien recuerda una cosa.) ¡Ah!... Ahora que me acuerdo, se me ocurre un medio para pasar el rato agradablemente. No había pensado en ello.

DUQUE ¿Un medio? ¿Cuál?

RAM. Es mi secreto. (Llamando.) ¿Nicolás?

NIC. ¡Señorito!

RAM. Oye. (Se acerca Nicolás y Ramírez habla con él en voz baja durante unos momentos. Nicolás hace algunas señales de asentimiento.)

NIC. (Alto.) Está muy bien. (Se retira.)

CONDE ¿De qué se trata?

RAM. No seas curioso... Ya verás... ya verás, cómo nos divertimos un rato.

ESCENA VII

LOS MISMOS. DON MIGUEL y SINFOROSO, que se quedan en la puerta

SINF. (A don Miguel, al entrar, en voz baja.) No entre usted... Yo se lo suplico.

RAM. Adelante.

MIG. Señores... (Sin avanzar.)

RAM. Ahí están nuestros personajes.

DUQUE ¿Qué intenta usted?

RAM. ¡Silencio!

MIG. (Avanzando dos ó tres pasos seguido de Sinforoso.) Me acaban de decir que me dispensaban ustedes el honor de llamarme. (Nicolás se retira en este momento.)

RAM. Claro que sí, señor don... ¿cómo es su gracia? ¡Ah, sí, ya recuerdo... don Miguel... don Miguel de la Bárcena... ¿No es eso? (Don Miguel hace una señal afirmativa.) Pues bien, el señor Duque de Balpuente y el señor Conde de Quintero quieren saludarle, estrechar su mano...

MIG. (A Sinforoso.) ¿Lo ves?... Tonto... ¿Ves cómo me llamaban? Bien te decía yo. (A los demás.) A sus órdenes. (Se queda á la derecha y Sinforoso le sigue, aunque á corta distancia.)

RAM. Los señores desean conocer su pleito, su célebre pleito. (Al Duque.) Se trata de una fortuna .. de una gran fortuna... ¿Verdad?

MIG. (Maravillado.) ¿Eh?

SINF. (Rápido á don Miguel.) No hable usted... están de broma...

MIG. ¿Ahora he de hablar de eso?

RAM. ¡Claro que sí! ¿Por qué no? Los señores tienen mucho interés en conocerlo en todos sus detalles.

MIG. Es que no sé si debo... (Mirando alternativamente á Sinforoso y á los demás personajes.)

RAM. ¿No sabe usted si debe, y se queja? Yo si sé que debo. Y que no he de pagar también. (El Duque y el Conde rien á carcajadas.) Pero no

esté usted encogido, medroso... Ea, una copa, una copita para animarse ¡qué diablo! (Escancia vino en una copa y se la ofrece á don Miguel.)

SINF. (A don Miguel.) No beba usted...

MIG. (Separándose de Sinforoso.) ¿Por qué no? Se me ofrece de buena voluntad.. Ya lo ves... (Acercándose á Ramírez.) Muchas gracias. (Toma la copa.) A la salud de los señores. (Bebe.)

RAM. A la del ínclito don Miguel... (También bebe.) Pues sí, querido Duque, el señor es un hombre distinguido, un completo caballero, aunque no lo parece... Pero ya conoce usted el refrán: «Debajo de una mala capa suele esconderse un buen bebedor», y quien dice capa dice levitón.. Vaya, el día en que gane su famoso pleito, será dueño de media provincia. ¿No es cierto?

MIG. Exagera usted... Pero tendré lo mío, lo que me han robado. (Se queda triste y pensativo. Pausa.)

DUQUE (A Ramírez.) No lleve usted la broma demasiado lejos. Ese infeliz es protegido de la duquesa.

RAM. (Al Duque.) Pierda usted cuidado. (A don Miguel.) Y tendrá escudo con cuarteles, aunque sin tropas, por supuesto. (Vuelven á reir.)

SINF. (Acercándose á don Miguel.) Vámonos... Los señoritos están de jolgorio. ¿No lo está usted viendo?

MIG. ¿Eh? ¡Quita allá! No son bromas, no es cosa de burla, señor Duque... Lo del pleito es verdad, verdad evidente... El infortunio se ha cebado en mí durante mucho tiempo... ¡mucho! pero la justicia tendrá que devolverme lo que es mío, absolutamente mío. Usted me prestará su poderoso influjo para ello, señor Duque. Y entonces... ¡ah!... entonces... (Exaltándose por grados.)

RAM. ¿Qué le pasa á usted? ¿Se ha emocionado? Ea, otra copita .. Otra copita para recobrar ánimos (Se la da, y don Miguel bebe, sin enterarse de los gestos que le hace Sinforoso para que no lo haga.) Siga... siga la historia ó el cuento.

MIG. No es cuento. Fueron mis abuelos los anti-

guos señores de Priorio, poderosos y respetados en toda esta comarca. En el valle del Gaitán, cerca de aquí, tuvieron su casa solariega, un verdadero palacio señorial. Guardo papeles que así lo acreditan. Emparentado estoy también con los Camposobrado, aristócratas de la provincia, y puedo justificar que en mi ascendencia directa ha habido ilustres personajes, capitanes famosos, héroes invictos que derramaron su sangre en cien combates. (Con solemnidad.)

RAM. Y qué, ¿todo eso está archivado? (Risas.)

MIG. (Sin comprender la burla.) Sí, señor, en archivos consta, archivado está. El día en que yo pueda reclamaré la posesión de dominios que se me usurpan, de fincas que hoy gozan injustamente otros, otros muchos, que vuelven la cabeza para no mirarme, que ni siquiera me saludan cuando me encuentran al paso. (Vuelve á quedarse cabizbajo.)

RAM. Vamos... No es cosa de entristecerse... Fuera penas... Hay que tomar bríos... Otra copa. (Se la ofrece.)

SINF. (Volviendo á coegrle) Don Miguel... No más... Basta, basta ya... Yo se lo ruego...

MIG. (Que empieza a sentir los efectos del vino y ya con mucha exaltación.) Déjame. (Forcejeando con Sinforoso.) Repito que me dejes... ¡Suelta, suelta! ¿Pues no se figura este majadero que cuantas cosas digo son ilusiones mías? Pues no lo son... ¿entiendes? no lo son... Mi derecho es claro como la luz del día... Mis títulos son incuestionables... evidentes... (Dice esto muy incomodado.)

SINF. (Aparte.) Está loco.

RAM. ¡Mucho que sí! ¿Quién es capaz de poner en tela de juicio los méritos sobresalientes de los muy nobles y muy poderosos señores de la casa del Gaitán? ¿Quién puede dudar del limpio linaje de los Camposobrado?

MIG. (Cada vez más exaltado.) Y si hubiera alguno que lo dudase lo confundiría. ¡Vaya si lo confundiría!

RAM. Naturalmente. Pero siga, siga usted con su pleito.

Mig. Temo molestar á ustedes. La ocasión no me parece oportuna.

Ram. ¿Molestar? *Jaimais de la vie* Adelante, don Miguel, adelante.

Mig. Pues puedo justificar que me pertenecen todas las tierras dè la Reguera, absolutamente todas. Y mío es también aquel castillo que se alza á tres leguas de aquí, sobre una colina, el de Entralgo, con sus torres almenadas, sus foscs y su puente levadizo.

Ram. (A sus amigos.) ¡Hola! ¡Hola! El intruso se transforma en dueño, el parásito en señor, el muérdago en encina. (A don Miguel.) ¿Conque todo eso, eh? Pues hay que beber otra copa... Pero no había reparado en que estaba en pie un personaje tan ilustre... Siéntese usted aquí, en la cabecera de la mesa, al lado de sus iguales el Duque de Balpuente y el conde de Quintero... Vamos, señor don Miguel.

Mig. Gracias.

Sinf. No vaya usted. (Rápido á don Miguel.)

Mig. ¿Por qué no hede ir? Pues me sentaré. ¡No faltaba más! (Sinforoso trata de detenerle.) ¿Otra vez? ¡Cuidado que eres terco! ¡Déjame, te digo! Con su licencia. (Se acerca y se sienta al extremo de la mesa. Desde este momento empiezan á notarse en él los efectos de la embriaguez.)

Ram. ¿Qué refunfuña el amigo? (Señalando á Sinforoso, que se queda á distancia.)

Mig. Nada. Es un amigo mío. Se llama Sinforoso. Me quiere mucho, pero es un poco testarudo. (Le miran todos y se ríen.)

Sinf. (Aparte.) ¡Miserables! ¡Burlarse de un viejo... de un pobre viejo!

Ram. Y ahora brindemos á la salud del noble señor de Priorio, de sus vastas propiedades, de sus torres, de sus almenas, de su puente levadizo... ¡señores! (Levantando el vaso.) ¡A la salud del ilustre dueño del Gaitán! (Todos los personajes beben y ríen alternativamente.)

Mig. No soy digno de tales distinciones, no las merezco.

Conde (Tomando parte en la broma.) Sí... sí... Vamos, siga usted, siga usted.

MIG. ¿Qué más he de decir, señor Conde? Que confío en que se me devolverán mis bienes más tarde ó más temprano, y en que seré rico... (Mirando á Sinforoso.) Sí, lo seré, aunque lo dudes tú, bobalicón. Seré rico, poderoso.

CONDE Ya lo creo...: Casi un rey

RAM. ¿Rey dijiste? Pues falta la corona. (Se registra los bolsillos, saca de ellos un periódico y empieza á hacer una especie de corona, que pondrá á don Miguel en la cabeza cuando lo indique el dialogo.)

MIG. No tanto, señor Conde. Pero nadie tiene tampoco el derecho de dudar de mi nobleza, de mi abolengo... No soy vanidoso, pero puedo probar que mi escudo de armas no cede á ningún otro.

CONDE ¿Escudo también?

MIG. Sí, señor. Un león rampante y cinco estrellas en campo azur.

CONDE ¡Diantre!

MIG. Y dos castillos.

RAM. (En este momento se acerca Ramírez, que ha estado vuelto de espaldas al público, en segundo término, haciendo la corona de papel ó cogiendo una que puede llevar hecha, si el artista encargado de este papel no tuviese tiempo de hacerla.) ¿Dos castillos? Pues coronemos al señor. (Le coloca en la cabeza la corona.)

MIG. (Dándose entera cuenta de la broma.) ¿Eh? ¿Qué significa? (Levantándose rojo de indignación.) ¿A mí? ¿A mí semejante burla? (Arrancándose el papel de la cabeza y estrujándolo colérico entre sus manos.) ¡Canalla! (Se arroja hacia Ramírez, que retrocede asustado.)

RAM. ¡Demonio! El viejo león aún tiene garras.

CONDE ¡Ja, ja, ja!

MIG. (Al oir las carcajadas se vuelve rápidamente hacia ellos.) ¿Qué es eso? ¿También ustedes se ríen de la gracia? Pues no lo consiento, (Sollozando.) no lo consiento... ¡Burlarse de ese modo! ¡Ultrajarme así!... ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! (Llora sin consuelo.)

SINF. (Acercándose á él.) Sí, se ríen, se divierten con usted. Ya se lo decía yo, don Miguel... Y usted sin hacerme caso... sin comprender mis señas... ¡Oh!... Vámonos... vámonos...

MIG. (Pasando del llanto á la ira.) Pues de mí no se ríe nadie, ¿entiendes?, nadie. (Encarandose con el Conde y con el Duque, que permanecen sentados, en actitud tranquila.) ¡Si alguno se atreviera!... Pero no se atreverán. Se me debe respeto... ¡mucho respeto!

CONDE (Riéndose de nuevo.) ¡Cómo habíamos de atrevernos!

MIG. Claro que no. Y si alguno lo hiciese...

DUQUE (Levantándose y en tono formal.) ¡Basta ya! La broma empieza á tomar un carácter lúgubre y no vale la pena de continuarla. Ni una palabra más.

MIG. Usted, señor Duque, no debió permitir que nadie se mofara de mí en su presencia... Ni ese bufón insolente, (Señalando á Ramírez.) ni otro alguno, por grande que pretenda ser. (Mirando al Conde.)

DUQUE (Con altanería.) Hemos concluído... Váyase usted á tomar el aire.

SINF. (Acercándose á don Miguel.) Sí, vamos.

MIG. (Dando un empellón á Sinforoso.) ¡Atrás! (Furioso.) ¡A mí no se me despide como á un lacayo! ¡Yo soy quien soy, señor Duque!... En esta casa se me deben guardar consideraciones, acatamiento.

CONDE (Interrumpiéndole y continuando la burla.) Humíllate, Duque.

MIG. Si yo hablara...

DUQUE ¿Qué? Si usted hablara, ¿qué sucedería?.. Comprendo que el señor Ramírez se ha excedido un poco en sus bromas, pero eso pasó.. Cada cual en su sitio... Usted no tiene títulos para levantar la voz en mi presencia. (Volviéndole la espalda desdeñosamente.)

MIG. (Cada vez con mayores bríos.) Esa altanería no puede ofenderme... Yo tengo títulos sobrados para mirar frente á frente á todo el mundo... (El Duque hace un gesto de amenaza.) ¡A mí no se me intimida! Usted no es más que un aristócrata improvisado... ¡Un cualquiera! ¡Un advenedizo!... ¡Yo cuento entre mis antecesores á los varones más preclaros de España.

CONDE (Al Duque.) ¡Bah, no hagas caso!

DUQUE ¡Insolente! ¿Así paga usted los beneficios que recibe?

MIG. ¿Beneficios? Nunca he pedido limosna, señor Duque. Vivo aquí porque tengo ese derecho, ¿entiende usted? Sí, quiero decirlo de una vez... Sépanlo ustedes... Oiganlo ustedes... Todos... todos... altos y bajos... los que se han reído de mí, (Fuera de sí.) los que pretendieron escarnecer mis cabellos blancos, los que trataron de infamar mis sienes con burlesca corona de payaso...

DUQUE (Con voz amenazadora.) ¡Fuera de aquí! (Se acercan á don Miguel Sinforoso y Ramírez.)

MIG. ¡Excelentísimo señor... yo soy el padre de Cándida... el padre de su esposa. (En este momento aparece la Duquesa en el umbral de la puerta y oye las últimas palabras de Miguel, pintándose en el semblante de Cándida la sorpresa y el asombro propios de la situación. Los demás personajes también se quedan atónitos. Un momento de pausa.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS, CÁNDIDA

DUQUE ¡Miserable!

CONDE ¿Qué dice?

CÁND. ¿Eh? ¿Qué dice ese hombre?

RAM. Mona triste.

MIG. ¡Ella! (Al ver á Cándida se deja caer en los brazos de Sinforoso.)

CÁND. ¿Mi padre? (Mirando al Duque.)

DUQUE Ese hombre está loco. (Los personajes quedan agrupados en la forma siguiente: Sinforoso y don Miguel en un extremo de la escena. El Conde y Ramírez cerca de ellos. Cándida avanza hasta el primer término, y el Duque está á su lado, impidiéndola llegar hasta el sitio donde se encuentra Miguel. Cuadro.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Una de las habitaciones del palacio de los duques de Balpuente. Muebles antiguos, de caracter severo, lujosos pero sin el aspecto de los mobiliarios modernos. Dos puertas laterales con colgaduras, á la derecha una y á la izquierda otra. La derecha se supone que da al comedor. Gran puerta en el fondo, desde la cual se ve una espaciosa antesala. En el fondo un retrato de la condesa Clara, pintado al oleo. A la izquierda un sofá y á la derecha una mesa con timbre. Sillones, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

NICOLAS se dirige hacia la puerta de la derecha en el momento de aparecer por la del fondo Sinforoso.

NIC. ¿Cómo sigue ese?

SINF. ¿Y quién es ese?

NIC. Pues el viejo que está recogido en la casa... No me acuerdo de su nombre.

SINF. ¡Don Miguel de la Bárcena!

NIC. Justo, Miguel.

SINF, Don Miguel se llama.

NIC. ¡Bah! Entre los de nuestra clase no se usan dones ¿entiende usted?

SINF. ¿Y quién ha dicho ha usted que sea de su clase el señor don Miguel de la Bárcena?

NIC. Ea. No tengo tiempo para disputar. El señor duque desea saber como sigue el enfermo.

SINF. Pues está mejor. Vistiéndose le dejé hace un rato. Dígaselo así al señor duque.

NIC. A su excelencia.

SINF. (Imitándole.) ¡Bah! Los de nuestra clase no usamos tratamientos.

NIC. (Amostazado.) ¿Se burla usted?

SINF. (Con calma.) No me burlo, replico.

NIC. Pues basta de réplicas y adviértale usted al viejo que su excelencia quiere hablarle en seguida.

SINF. En seguida le hablará. Aunque si don Miguel fuera como yo y pensara como yo pienso, lo que es en esta casa no me encontrarían todos los duques de la tierra.

NIC. (Marchándose por el foro.) Eso no es cuenta de usted.

ESCENA II

SINFOROSO y DON MIGUEL que aparece por la puerta de la derecha. Está muy pálido y anda con dificultad.

MIG. ¿Con quién hablabas?

SINF. Pues con *ese*, como él dice. Con el ayuda de cámara del señor duque. (Mientras dice esto coge del brazo á don Miguel y le ayuda á sentar en un sillón.)

MIG. ¿Preguntó por mí acaso?

SINF. Preguntó, sí señor, pero no por interés, sino porque en esta casa estorba usted ya, y cuanto más pronto se alivie menos ha de tardar en irse.

MIG. ¿También tú deseas que me vaya?

SINF. ¡Cuanto antes, don Miguel! Yo no quiero ver á usted sufrir humillaciones ni desprecios.

MIG. (Tristemente.) No sabes el sacrificio que me pides... Se toma afición á las cosas como á las personas Nos familiarizamos con los lugares donde vivimos muchos años como si los lugares fuesen compañeros nuestros, y el deseo de su trato se convirtiera en costumbre. (Se queda un momento cabizbajo.) ¡Si tú supieras cuántas cosas mías conocen estas salas y cómo sus paredes han sido testigos discretos de los momentos más solemnes de mi vida!... En el jardín cada árbol me pare-

ce un pedazo de mi historia, en la casa cada mueble un antiguo conocido; por eso á lo mejor me paro ante ellos y empiezo á charlar... á charlar sin ton ni son... ¡Y dicen, porque hablo solo, que estoy *tocado*, que estoy loco!... ¡Loco! ¡Si las penas pudieran matar la razón, hace ya mucho tiempo que la habria perdido!...

SINF. Vamos, cálmese usted, don Miguel... Si yo me explico todos esos arrebatos, pero comprenda usted que después de lo ocurrido no puede continuar aquí... Es imposible.

MIG. (Exaltándose por grados.) ¿Eh? ¿Te refieres á lo que yo hablé... á lo que yo dije? ¿Sé yo lo que dije, por ventura? El vino... y la rabia que también embriaga, la rabia al ver que aquellos señoritos se mofaban de mí, me cegaron, Sinforoso, me cegaron, y dejé á mi lengua que se moviese á su gusto... y puse en ella rencores estúpidos... ¡Maldito el corazón que tiene poco cerradas sus puertas y maldita la lengua que las abre con facilidad! (Levantándose muy agitado.)

SINF. ¿Otra vez? Ea, calma, don Miguel... Lo que pasó, pasó, ¡qué remedio! Además, lo que hicieron con usted estuvo mal hecho... Un santo de los cielos se hubiera enfadado, cuando más un hombre... ¡qué diantre!

MIG. (Estrechándole la mano.) Amigo mío.

SINF. Porque lo soy le ruego que no se incomode. No digo que hiciera usted bien en lo que hizo, pero un buen arrepentimiento destruye una obra mala y desvanece una mala acción.

MIG. ¿De modo que tú crees?...

SINF. Que hay necesidad de irse inmediatamente.

MIG. Sin ver á mí... (Conteniéndose.) sin despedirme de la señora duquesa.

SINF. Sin ver á nadie.

MIG. No puedo... No debo.

SINF. (Escuchando.) Silencio... Alguien llega. (Viendo entrar al Conde de Quintero y Ramírez por la antesala.) ¡Ellos! (Ambos se retiran hacia un extremo del escenario.)

ESCENA III

LOS MISMOS, CONDE DE QUINTERO y RAMÍREZ

RAM. (Burlándose.) ¡Hola! muy buenos días... siempre juntos, ¿eh?

SINF. ¡Siempre!

RAM. Mira, Conde, ahí tienes el modelo, el verdadero modelo de la amistad campesina Después de cien siglos resucita la leyenda de Pílades y Orestes, aunque un poco deteriorada, por supuesto.

CONDE (Riéndose.) Respeta á la aristocracia, Ramírez.

RAM. Y al pueblo, al noble pueblo de la reconquista, dignamente representada por el bueno de.... de... Sinforoso, ¿no es ese tu nombre, amigo mío?

MIG. (Conteniéndole.) No hagas caso de burlas.

RAM. No hablo en broma... Vamos, Conde, apresúrate á ofrecer tus respetos al excelso y poderoso señor de los Gaiteros... no... quiero decir de los Gaitanes.

CONDE (Riéndose.) Así es.

RAM. (Observando que don Miguel sigue callado.) ¿No se digna el señor de la Bárcena dispensarme el honor de la réplica? Pues eso no está bien. Aunque se halle usted tan íntimamente emparentado con los dueños de este palacio, como dice, no debe de ser orgulloso.

CONDE Se quieren de veras.

RAM. Vaya... y que eso no abunda.

SINF. (En tono enérgico.) ¡Qué ha de abundar! Todo lo contrario. Ahora cualquier sujeto se considera autorizado para burlarse del primero con quien tropieza. ¿Cariño al prójimo? ¿Respeto para los buenos? ¡Ni pensarlo! Quédese para nosotros, los pobres aldeanos, eso de descubrirnos ante un viejo, oirle con veneración y ampararle cuando lo necesite. Los hombres principales, los que se creen superiores no se rinden tan fácilmente. No

les humilla más que el golpe de arriba. Lo que está á sus pies lo pisotean.

CONDE ¡Bravo discurso!

RAM. ¡Y todavía aseguran que falta corazón á los hombres! (Siempre en tono de burla.)

SINF. ¡No á todos! A nosotros, á las gentes de poco más ó menos, nos sobra. En cambio á los señoritos, á los señoritos encopetados, á esos sí que les falta.

MIG. ¡Sinforoso!

CONDE Valiente indirecta, amigo Ramírez.

RAM. (Empezando á incomodarse.) ¡Eres atrevido!

SIN. Soy honrado.

MIG. (Mirando hacia la puerta.) ¡Calla! Viene Cándida.... La señora duquesa

CONDE La duquesa. (Al entrar Cándida, don Miguel y Sinforoso se retiran hacia el fondo. El primero baja los ojos como avergonzado, y no se atreve a mirarla.)

ESCENA IV

LOS MISMOS y CÁNDIDA

RAM. ¡Señora!

CONDE ¡Duquesa!

CÁND. (Dándoles la mano.) ¡Ah! ¿Son ustedes? Tanto gusto... Enrique les echaba ya de menos. La vida del campo no le quita la nostalgia de la corte.

CONDE Pues á verle veníamos.

RAM. Después de ponernos á sus pies.

CÁND. Gracias. En el parque le dejé... Proyecta una cacería.

CONDE Pues vamos á axiliarle en la formación de su proyecto.

RAM. Justo.

CONDE A sus órdenes. (La duquesa les saluda con una inclinación de cabeza. Conde y Ramírez vanse puerta izquierda.)

CÁND. (Después de mirar un instante á don Miguel, que sigue con los ojos bajos.) Tengo que hablarte, Miguel.

MIG. (A Sinforoso.) Vuelve á buscarme. (Sinforoso se va por el foro.)

ESCENA V

CÁNDIDA y DON MIGUEL. Cándida se sienta Don Miguel permanece en pie en actitud respetuosa, sin atreverse á mirarla. Pausa.

CÁND. Ya lo has oído. Tenemos que hablar ¿Por qué no te sientas? Parece que tienes miedo.

MIG. Miedo, no. Respeto, cortedad, algo que ni á explicarme acierto, algo que me atraganta las palabras, algo que hasta la respiración me quita.

CÁND. Bueno, pero siéntate, Miguel. Vamos, acércate. ¿Es que ya no me quieres como antes?

MIG. Más que nunca... señora.

CÁND. ¿Señora?

MIG. Duquesa.

CÁND. ¿Duquesa? ¿Ya no me llamas Cándida? ¿Tu Cándida? ¿Tu niña? Ya no soy para tí la que siempre he sido, ¿no es eso?

MIG. Sí... sí... La misma de siempre. Mi Cándida. El único afecto que me resta. ¡Ah! tú no sabes el consuelo que me proporciona tu cariño. Para mí eres la misma... ¡La misma! La niña que jugaba en mis rodillas, la que me aturdía con su charla infantil, la que alegró mi existencia, la que hizo menores mis infortunios, la qué llevó un rayo de luz á las tinieblas de mi vida.. ¡Todo... todo! ¡Mi alegría... mi encanto.. mi cielo! (Sollozando.)

CÁND. Te creo, Miguel. Pero no te exaltes, ten calma. Yo quiero que hablemos, que hablemos mucho, pero con reposo, con tranquilidad. Ven aquí, á mi lado .. (Miguel se sienta.) Más cerca... aun más... Y ahora vamos á hablar los dos solos, ¿entiendes? Yo á tu lado como cuando era pequeñuela, y tú á mi oído como cuando me entretenías con tus cuentos de aparecidos... Pronto... Empieza... Ya te escucho.

MIG. No, Cándida... por Dios. Tú no puedes... no debes... La señora Duquesa de Balpuente...

CÁND. (Impaciente.) ¿Otra vez?

MIG. ¿Te impacientan mis palabras? ¿Te hacen daño?

CÁND. Nada tuyo me hace daño. Pero yo quiero que me digas aquí, á solas tú y yo, sin otra presencia que la de Dios, algo que tú ayer... (Con solemnidad y sin atreverse á continuar.)

MIG. (Asustado.) ¡Ah!

CÁND. (Mirándole con gran ansiedad.) Algo que dijiste, que yo misma te oí decir. (Pausa.)

MIG. Perdóname, Cándida.

CÁND. Perdón, ¿por qué? (Sigue mirándole fijamente.)

MIG. No me mires de ese modo.

CÁND. Para que tú me pidieras perdón, sería preciso que empezases por reconocer que te atreviste á manchar un nombre honrado, que profanaste vilmente una memoria querida, que eres el más despreciable de los hombres. Y eso no puedo creerlo yo... ¡No quiero creerlo!

MIG. (Rápidamente.) Pues lo declaro. ¡Eso soy! ¡Todo eso soy! Ya sé que vas á despreciarme, si confieso que mentí, pero vuelvo á declararlo. Lo que salió de mis labios no era verdad.

CÁND. Pues entonces eso no se perdona. No puede perdonarse

MIG. Fuí un miserable... un miserable calumniador.

CÁND. ¿Y lo confiesas? Ebrio, exaltado por el vino, te olvidaste de quién eres, de quién soy, de quién fué la que nos escucha desde el cielo. Y con la torpeza del borracho digiste... ¡no puedo repetir lo que digiste! ¿Y todavía te atreves á pedir perdón? Pues bien: no te perdono... ¿oyes? no te perdono .. Siempre te tuve cariño, mucho cariño; pero todo ese cariño me lo arranco de mi corazón, y ahora mismo voy á arrojarte de esta casa para siempre, como se arroja al mayor enemigo. (Levantándose y dirigiéndose hacia la mesa.)

MIG. ¿Tú?. . ¿Usted? ¿Arrojarme de aquí?

CÁND. ¡Y aún más! Voy á odiarte... Á execrar tu recuerdo.

MIG. No harás eso.

CAND. ¿Que no? Delante de testigos... Sí... Voy á llamar á todo el mundo, á mi esposo, á sus amigos, á los servidores de esta casa, y en su presencia repetiré una por una tus propias palabras. «¿Veis—les diré—este venerable anciano de cabellos blancos, á quien hemos amparado durante tantos años, á quien yo he querido con toda el alma?... Pues es un calumniador, un miserable advenedizo, que paga los beneficios recibidos infamando el nombre ilustre de sus bienhechores. El mismo acaba de declararlo aquí con el mayor descaro, con la mayor desfachatez.» Ahora, ahora voy á decir eso delante de todo el mundo. (Va hacia la mesa, haciendo ademán de tocar un timbre.)

MIG (Deteniéndola y con ademán de súplica.) No... ¡eso no! Yo no quiero perder tu cariño. ¡Huir de aquí como un ser degradado, como un ser abyecto, aún podría soportarlo! ¿Pero sufrir tu rencor? ¡Nunca! Tú no puedes arrojarme de tu lado, tú no puedes maldecirme... Conocerás el secreto de mi vida... mi confesión entera... Sí, te lo diré todo... todo.

CAND. Habla. (Pausa. Don Miguel vacila de nuevo; pero al fin, con la mayor solemnidad dice:)

MIG. Cándida, ayer no mentí... Dije la verdad, la verdad completa. (Baja la cabeza y se apoya vacilante en el respaldo del sillón.)

CAND. ¡Ah! (Se queda un momento inmóvil, revelando en su semblante el asombro propio de la situación.) Pero, ¿qué hago? ¿Oirte y no protestar de tus palabras? ¡Perdóname, madre mía!

MIG. Por ella, por ti, por mí te juro á solas que cuanto dije ayer era verdad.

CAND. Acércate, Miguel. ¿Ahora?...

MIG. (Interrumpiéndola.) Ahora te lo diré todo... Saldrá á mis labios cuanto guarda mi conciencia. Yo á tus pies, como el pecador que al confesarse busca la absolución... Sí... sí... de rodillas, de rodillas. (Se arrodilla sollozando.)

CAND. (Levantándole.) Eso no .. Ven aquí... á mi lado. Yo no puedo permitir que te humilles en mi presencia.

MIG. Me vas á escuchar como se oye á un penitente, ¿lo oyes bien? Con silencio respetuoso. Vas á ser mi confesor. Serás también mi juez. El mío... y el de ella.

CAND. ¿De quién?... (*Sin atreverse á mirarlo.*)

MIG. De mi víctima; no, mía no; de la víctima de la fatalidad. De aquella infeliz con quien me unieron primero los lazos de la gratitud, después los de la desventura. . (*Pausa.*) Por aquella época tenía yo cuarenta años; los infortunios y las desgracias me obligaron á buscar un refugio en esta casa. Tu madre, que era un ángel del cielo, me acogió con cariño. ¡Qué hermosa estaba! No es posible que ningún ser humano haya reunido tal suma de perfecciones.

CAND. ¡Pobre madre mía!

MIG. Su esposo, unido á ella más por el interés que por el afecto, era un hombre duro, violento, irascible. Se cansó pronto de vivir en su compañía y se fué á la ciudad en busca de goces y comodidades que no encontraba en el campo. Allí, olvidado de sus obligaciones, buscó en la impureza algo con qué saciar sus apetitos, y huyó del hogar de la esposa para sustituirle con el de una aventurera.

CAND. (*Con voz conmovida.*) ¡Qué vergüenza!

MIG. Entonces empezó para la condesa un verdadero martirio. Las ausencias del conde se prolongaron cada vez más. Se alejaba durante meses enteros y ella permanecía horas y horas en el balcón, silenciosa, con los ojos llenos de lágrimas, mirando hacia el camino, siempre desierto y solitario... Yo seguía en esta casa, mudo testigo de los sufrimientos de aquella infeliz criatura. Y nadie, absolutamente nadie, venía á interrumpir tan triste vida, porque el duro carácter del conde había alejado todas las personas de este palacio, como si fuera un lugar maldito... Lo que tu madre sufrió durante este tiempo no es posible imaginarlo siquiera. Un día vino el conde de improviso y dijo á tu madre que

iba á marcharse. «¿Dónde?»—preguntó la condesa.—«A Madrid.»—«¿Solo?»—«Solo, sí»,—añadió él.—Pero no fué solo, sino con ella... con la mujer indigna que suplantaba á la esposa.

CAND. ¡Madre de mi alma! (Limpiándose los ojos.)

MIG. Al poco tiempo, sin anunciar su venida, apareció inopinadamente. La aventurera, según supimos después, le habia dejado por un nuevo amante. Llegó ceñudo, furioso, terrible. Se encerró en su cuarto y no le vimos en varios días. Sus propios servidores no se atrevían á dirigirle la palabra... Por último, tu pobre madre, haciendo la señal de la cruz, se decidió á entrar en la habitación del conde. Al principio oimos murmullo de súplicas, después rumor de voces, más tarde gritos violentos, y, por fin. . (Sin atreverse á continuar.)

CAND. (Anhelante.) ¿Qué?

MIG. Ruído de golpes... Sí, Cándida, sí... ruído de golpes.

CAND. (Levantandose.) ¡Ah!... ¡No!... Eso no es cierto. ¡Mientes, Miguel!.. ¡Te digo que mientes! (Con gran exaltación.)

MIG. (Con mucha solemnidad.) ¡Que Dios me confunda si falto á la verdad!

CAND. (Un momento de pausa. Cándida vuelve á sentarse y se limpia de nuevo los ojos.) Sigue, Miguel, sigue.

MIG. Tu madre, loca de terror y de vergüenza, huyó llorando á su cuarto, y él, después de atronar la casa con los juramentos más soeces, salió seguido de sus criados y de sus perros para su última excursión de caza.. Aquella espantosa noche... No puedo continuar... ¡No puedo! ¡No puedo! (Ocultá la cabeza entre sus manos.)

CAND. (Acercándose á él.) Vamos, Miguel, lo quiero, lo exijo.. ¡Hasta el fin! Sin desmayos.. sin cobardías.

MIG. La ofensa vergonzosa que había recibido extravió la razón de tu pobre madre.. Entró en la capilla y quiso rezar, pero las oraciones huían de sus labios, contraídos por el

dolor y la ira. De pronto empezó á reir, á reir á carcajadas siniestras, que helaban la sangre en las venas... Después me miró fija mente, con una mirada que no se me olvidará nunca, nunca... Yo la amaba como un loco, como se adora á las imágenes de los altares, y ella lo sabía, lo había adivinado á pesar de mi silencio respetuoso... «Ya lo ves, Miguel,—me dijo con voz balbuciente, —él me injuria y me abofetea, y tú me amas y me compadeces.» Entonces, sin saber cómo, se juntaron nuestros labios y en ellos apareció el cariño que habían ocultado las almas. (Cándida esconde su rostro entre las manos.) Fué un acto de demencia, ya lo sé. Nos unió la adversidad, la perversión ajena, fatal impulso que junta dos séres destinados á recorrer diversos caminos (Cándida sigue silenciosa.) Al día siguiente un criado vino á decirnos que el conde había caído del caballo y que estaba agonizando. La condesa mandó enganchar un carruaje y partió inmediatamente, pero llegó tarde. El conde había muerto en la choza de un pastor... Todos creimos que tu infeliz madre se volvía loca... Enferma estuvo hasta el día de tu nacimiento, y ya sabes que pocos años después dejaba de sufrir para siempre, para siempre, la que tanto había padecido en este mundo (Sollozando.)

CÁND. De manera que soy tu... (Sin atreverse á concluir la frase y con la ansiedad y la emoción propias de este momento.)

MIG. Por qué te detienes? Acaba. Llámame padre una vez siquiera... ¡una sola!

CÁND. ¡Padre mío! (Se abrazan.)

MIG. (Besándola las manos con efusión.) Perdóname, perdóname, Cándida.

CAND. Perdonarte, ¿por qué? Yo soy quien necesita pedirte perdón por haber dudado de tus palabras, por sospechar que habías mentido... Aquí, donde nadie nos oye, en presencia de mi madre (Mirando el retrato.) cuya sombra, parece bajar á unirnos, déjame que te estreche entre mis brazos, déjame que bese tu

rostro marchito por el dolor, déjame que borre en un momento de ternura tantos años de indiferencia y de olvido. (Le besa en el rostro repetidas veces.)

MIG. ¡Hija de mi alma! (Se abrazan.)

CÁND. Y ahora á mi lado siempre, siempre.

MIG. Ahora menos que nunca.

CÁND. ¿Qué dices?

MIG. La verdad. Después de lo sucedido ayer, mi presencia en esta casa es imposible. Así lo exige la memoria de aquella que nos escucha desde el cielo. Mi único pesar era perder tu cariño; pero, conseguido éste, lo demás ¿qué me importa?

CÁND. Pero yo no puedo permitir que te alejes de mi lado, siendo quien eres.

MIG. Para tí nada más... Ante todos debo declarar que mentí. Lo contrario es la infamia, la deshonra, la afrenta para tu nombre... Ya que no tuve fuerzas para guardar un secreto, preciso es que las tenga para pasar por calumniador.. Anda, avisa al señor Duque... dile que le espero... que espero sus órdenes... que acepto el asilo que me ofrece.

CÁND. ¡No digas eso!

MIG. Hay que cerrar el paréntesis de la verdad. Empiece otra vez la mentira.

CÁND. ¡Dios mío! ¡Díos mío! ¡Qué sacrificio tan espantoso me impones!

MIG. (Acariciándola y al propio tiempo empujándola dulcemente hasta la puerta.) No vaciles más... Es preciso... Pero no te aflijas... Soy feliz .. ¡muy feliz! .. Te he visto. Te he abrazado. ¿Qué mayor dicha? (Reparando en sus lágrimas.) Enjuga tus lágrimas. Vamos, tranquilízate, vida mía. . Disimula, disimula como yo he disimulado tantos años... ¡tantos! (Ya en el umbral.) Anda... ve...

CÁND. ¡Padre de mi alma! (Se abrazan por última vez y Cándida se retira sollozando.)

ESCENA VIII

DON MIGUEL y luego SINFOROSO

MIG. Ya lo sabe todo, todo. Y no me desprecia como yo temía... Antes al contrario, me quiere, me quiere de veras... ¡Su amor no puede ser para mí á la luz del día! Se engendró en las sombras del pecado y en las sombras tiene que estar! Pero ¿qué importa? Que yo la contemple, aunque sea á hurtadillas. Anda, viejo loco... Alégrate. ¡Me ha llamado padre mío, y sus lágrimas se han mezclado con las mías. Ya me siento fuerte, animoso... No tengo inconveniente en declarar que he mentido, pero con los ojos le diré á ella, á ella sola: «Tú conoces la verdad; tú sabes que tengo derecho para quererte, para coger tu cabeza entre mis manos, así (Imitando que la tiene.) y estampar en ella uno... cien... mil besos, hasta que el choque de mis labios haga saltar sangre en los suyos. (Imitando el chasquido de los besos.) ¡Hija mía! ¡Hija de mi alma! (Sinforoso, que ha llegado por la puerta del fondo hasta el sitio donde está don Miguel, sin que éste le oiga, le pone la mano en el hombro.)

SINF. ¿Don Miguel?

MIG. ¿Eh? (Asustado.) ¡Mentira!...

SINF. (Asombrado.) ¿Qué?

MIG. ¡Ah! (Recobrándose.) ¿Eres tú, Sinforoso? Nada... No es nada.. ¿Creí?... No hagas caso... No sé lo que me digo... Esta cabeza no anda firme... ¿verdad? (Con jovialidad.)

SINF. (Mirándole con extrañeza.) ¿Ahora está usted contento?

MIG. Sí... Lo estoy .. Cambio de sistema, ¡qué diantre!... Nada .. que te doy la razón... Me iré de aquí cuando tú quieras... Nos iremos juntos... Ea... que me marcho contigo lejos de estos señoritos de la corte que dicen impertinencias... Nosotros lo pasamos muy

bien solos... ¿no es cierto? (Con mucha jovialidad.)

SINF. Pero, ¿qué le ocurre á usted?

MIG. Pues, nada, hombre, nada... Que sigo tus consejos... que dentro de un rato me despido del señor Duque, que cojo mi hatillo y largo á otra hacienda donde me destina Cándida, quiero decir, la señora Duquesa.

SINF. Corriente. Lo principal es que usted se decida á marcharse. Pero no tiene usted necesidad de ir á la hacienda del Duque... no, señor... Usted se viene á mi casita, á mandar en ella, y si no podemos comer pan, comeremos *borona*, pero allí no habrá burlas ni malas palabras.

MIG. Además, ¿quién te dice que dentro de un mes ó de mes y medio no gane yo mi pleito?

SINF. (Con cierta contrariedad.) ¿El pleito? Eso va para largo.

MIG. ¿Para largo? ¿Vuelves á dudar de mi derecho?...

SINF. No es que dude... Lo digo porque ya sabe usted que en España la justicia anda despacio y no anda derecho. Pero ahora lo urgente es liar los bártulos, y ya que está usted de buen humor, manos á la obra.

MIG. Justo... Al campo, á segar la hierba y á amontonarla para que se seque al quemar del sol.

SINF. Y á recoger el centeno que ya amarillea en las hondonadas.

MIG. (Alegremente.) Y después á cortar el maíz y á deshacer las panojas bien curadas. Más tarde á recoger las manzanas para llevarlas al *hórreo* antes de que lleguen las lluvias.

SINF. Y, por último, en el invierno á resguardarse en casa de los rigores del frío, y, debajo del ancho fogón, á reirse de la nieve que cae revoloteando y del viento que hiela...

MIG. ¡Qué hermosa vida! Y allí, frente á las llamaradas rojizas, á charlar... á charlar sobre cosas alegres.

SINF. Y á beber un vaso...

MIG. (Extremeciéndose.) Beber no... nunca. (Se queda pensativo.)

SINF. Un vaso de sidra... La sidra no es traicionera como el jerez... La sidra no emborracha... no hace daño; y junto á la lumbre pasaremos la noche, conversando con todos los aldeanos de la parroquia, que no saben de letra pero que tampoco hacen chacota de los viejos. Y si por casualidad se acerca algún duque ó algún conde, atrancamos la puerta.

MIG. A todos menos á ella... á la señora duquesa, porque Cándida irá á verme... Ya ves, la he conocido pequeñita y me quiere, me quiere de veras, Sinforoso... No es como los demás. Y si pretendes estar bien conmigo has de tratarla con cariño, con respeto, ¿entiendes?

SINF. Bueno, pues si va, por ser ella, la dejamos pasar. Pero á nadie más, don Miguel, á nadie más.

MIG. Tienes razón, á nadie más... Con su afecto y el tuyo me basta para ser dichoso... Ya era tiempo de que tuviera un día feliz... Mira, hace un instante tenía ganas de reir y ahora... ya lo ves estoy á punto de llorar, de llorar de alegría (Llora.)

SINF. Vamos, ánimo, don Miguel. (Mirando hacia la puerta izquierda.) ¡El señor Duque!

ESCENA IX

LOS MISMOS y el DUQUE

DUQUE (A don Miguel.) Acaban de decirme que deseaba usted hablarme

MIG. (Inclinándose.) Es cierto, señor duque... Anda, Sinforoso, arréglalo todo. (Se va Sinforoso por el sitio donde salió don Miguel.) Necesito sincerarme ante usted... El señor Duque me habrá tomado, sin duda, por un explotador, por un desagradecido, por un ingrato.

DUQUE Sé que es usted un pariente lejano de los dueños de esta casa, á quien por su edad y por sus desgracias se debe compasión; pero ayer...

MIG. (Interrumpiéndole.) Ayer perdí la serenidad, se-

ñor duque, la perdí por completo y quiero disculparme ante usted, pedirle que sea generoso, que excuse un momento de extravío, que olvide mi falta.

DUQUE Nunca creí que lo dicho por usted, pasase de ser una locura.

MIG. Y lo fué. Pero como mis imprudentes palabras las escucharon otras personas, es preciso que esas personas presencien mi retractación, ¿no es eso lo que desea el señor duque? (*El duque hace una señal de asentimiento.*) Es muy justo y estoy dispuesto á hacerla Sé que los asuntos que se relacionan con el honor son muy delicados y que la más absurda sospecha los empaña .. Mande usted, ordene usted... Se trata de un agravio producido en su casa y la satisfacción de este agravio usted debe dictarla... Cualquiera que ella sea la acepto, la acepto de antemano... (*Con voz conmovida.*) Y ahora, señor duque, permítame usted que me retire durante unos momentos.. unos momentos nada más... Soy ya muy viejo, las emociones que acabo de sufrir, han alterado mi salud, y necesito serenarme un poco .. En seguida volveré para destruir.. para borrar la... mentira. . Sí señor.. mi mentira.. Con su licencia (*Sale procurando ocultar, aunque en vano, su emoción.*)

ESCENA X

DUQUE, NICOLAS, y después CANDIDA

DUQUE (*Después de tocar un timbre aparece Nicolás.*) ¡Nicolás!

NIC. ¿Qué manda su excelencia?

DUQUE Llama á la señora duquesa. (*Nicolás entra por la derecha y sale después de levantar las cortinas para dar paso á Cándida.*) Busca en el parque al señor conde de Quintero y al señor Ramírez y diles que estoy esperándoles. (*Nicolás se inclina y sale; Cándida oye las últimas palabras.*)

CÁND. ¿Llamas á tus amigos?

DUQUE Sí.

CÁND. ¿Para qué?

DUQUE Para que presencien la retractación de tu protegido. El mismo se ha brindado á hacerla.

CÁND. No es necesario.

DUQUE Desde ayer estoy contrariado. Solo el cariño que te tengo y la compasión que él me inspira han aplazado mi propósito hasta este instante.

CÁND. Considera que su edad le disculpa de cualquier falta que haya podido cometer. Además le he tenido siempre mucho afecto.

DUQUE Pues de esa estimación tuya me quejo. Quien se aterevió á proferir palabras que desdoran tu apellido no merece ser tratado con afecto.

CÁND. (Procurando contenerse.) Considera también que me conoció desde niña.

DUQUE (Con tono severo.) ¿Pero olvidas que ese hombre ha ultrajado delante de varias personas la memoria de tu madre? Me dirás que las palabras de un loco no tienen valor alguno, que solo merecen el desprecio más absoluto, pero es muy difícil despreciar calumnias y tener cariño á quien las propala.

CÁND. (Olvidándose.) ¿Y si no fuese un calumniador?

DUQUE ¿Eh? ¿Qué quiéres decir? (Mirándola fijamente.)

CÁND. (Con resolución.) Que Miguel ha dicho la verdad.

DUQUE ¿Lo afirma él? No importa.

CÁND. ¿Cómo?

DUQUE Bien conocí ayer en el acento conmovido de su voz que ese hombre no mentía Pero es preciso negar su afirmación. ¿entiendes? Yo no puedo permitir que nuestro nombre ande en lenguas de los murmuradores.

CÁND. ¡Enrique!

DUQUE ¿Se atrevería la Duquesa de Balpuente ha poner en la picota del desprecio la honra de su madre? ¿Se atrevería á decir delante de las gentes, que aquella cúya memoria se venera en todas partes como la de una santa, no fué más que una miserable adúltera que man-

chaba el artesonado lecho de sus antecesores con el primer advenedizo que recogía en su palacio? Vamos, Cándida, por Dios, vuelve en tí. Considera quién eres y quién soy yo...

CÁND. (*Vencida.*) Sí... Enrique... Tienes razón... No sé lo que me digo... ni sé lo que siento. (*Se deja caer en el sillón.*)

DUQUE (*Con acento cariñoso.*) Procura vencer tu sensibilidad nada más que por unos instantes. El Conde y Ramírez escucharon la imputación de Miguel, y es forzoso que oigan también sus disculpas. Todo esto será muy desagradable para tí, lo comprendo, pero es preciso, absolutamente preciso.

CÁND. No insisto más... Haz lo que gustes. Todo lo que tú dispongas lo apruebo de antemano... Y ahora permíteme que me retire. (*Se levanta muy conmovida.*)

DUQUE No, Cándida, no. Yo te ruego que permanezcas aquí. Ya sabes que la maledicencia se aprovecha de cualquer detalle, por insignificante que sea, para agrandarlo. Si mis amigos observan que no te atreves á afrontar la presencia de tu protegido, no darán crédito á sus negativas. Vamos, cumple con tu deber, por penoso que sea, como yo cumplo con el mío.

CÁND. ¡No sabes el sacrificio que me impones!

DUQUE (*Mirando hacia la puerta.*) Animo. Ya llegan.

CÁND. ¡Dame fuerzas, Dios mío! (*La Duquesa se deja caer en el sillón con el mayor abatimiento. Después se limpia varias veces los ojos con el pañuelo, y procura serenarse, aunque sin conseguirlo por completo. Toda esta parte de la escena y el final del acto quedan encomendados al talento de la actriz.*)

ESCENA XI Y ULTIMA

LOS MISMOS, MIGUEL acompañado de SINFOROSO; después el CONDE DE QUINTERO y RAMÍREZ

MIG. (*Desde la puerta.*) ¡Señor Duque! (*Sin atreverse á mirar á Cándida. Esta tampoco le mira.*)

DUQUE Adelante. (Miguel avanza unos pasos. Sinforoso se queda en último término.)

MIG. Prometí que antes de irme vendría á recibir sus órdenes, y aquí estoy.

DUQUE ¿No es cierto que usted mismo propuso esta retractación?

MIG Sí... yo... yo mismo.

DUQUE (Bajo á Cándida.) Ya lo oyes.

CÁND. (También en voz baja.) ¡Dios mío! (En este momento entran en la escena el Conde de Quintero y Ramírez, que se quedan en segundo término.)

RAM. Duque.

CONDE ¿Nos llamabas?

DUQUE Sí.

MIG. No era el señor duque de Balpuente quien los llamaba sino yo.

CONDE (Con altanería.) ¿Usted?

MIG. ¿Le sorprende á usted mi atrevimiento, señor Conde? Pues no hay razón para ello. (En tono humilde.) Señor Conde de Quintero, señor Ramírez, y tú, Sinforoso, acércate tú también, amigo mío

SIN. (Acercándose.) ¿Qué es lo que intenta? (Aparte.)

MIG. Todos ustedes estaban presentes ayer, cuando loco, arrebatado, ebrio, dije cosas, de las cuales me avergüenzo ahora, que quisiera poder borrar con lágrimas de mis ojos y por las que voy á pedir perdón á mis bienehechores.

CONDE Esa franca retractación le honra.

RAM. (Irónicamente.) Esa noble conducta le enaltece.

CAN. (Aparte.) ¡No puedo más!

MIG. Ya lo ve usted, señor duque... Sus propios amigos acaban de decirlo... Mi conducta me honra... me enaltece... De manera que mi culpa está ya expiada... ¿no es cierto?

DUQUE Sí.

MIG. A la señora duquesa no necesito pedirle perdón. (Acercándose á ella y en voz baja.) Valor, hija mía. (Alto.) Me quiso siempre mucho y estoy seguro de que todavía me quiere.

CAN. ¡Oh, sí, con toda mi alma!...

DUQUE (Aparte.) ¡Cándida!

MIG. Gracias... gracias... El señor Duque me per-

donará también... Me acaloré con el vino, y ¡claro!, no supe lo que dije... Además, mi cabeza no está ya muy firme, y cuando la cabeza no anda segura, las ideas se confunden.

RAM. (Interrumpiéndole.) Pues entonces todo se explica. Yo he conocido á un pobre hombre, un tipo muy divertido, que imaginaba ser, nada menos, que el padre de la Emperatriz de la China. En Leganés se encuentra.

MIG. (Sonriendo tristemente.) ¡Emperador!.. ¡Tiene gracia! Lo dicho: se me fué el santo al cielo. Eso es... ¡al cielo! Y solté la lengua como un mentecato. Pero el señor Duque olvidará lo sucedido.

DUQUE Por olvidado... Además deseo entregar á usted esta suma. (Hace ademán de sacar una cartera del bolsillo.)

MIG. (Irguiéndose con altivez.) No, señor Duque, una limosna no.

CONDE (A Ramírez.) Es soberbio.

MIG. Yo no necesito nada. En el fondo no soy más que un simple aldeano, un verdadero patán, y mis gustos no se conforman con las etiquetas de las personas de elevada jerarquía social. (Señalando á Sinforoso.) Tú y yo nos entendemos, ¿verdad, Sinforoso?

SINF. (Con voz conmovida.) Sí que nos entendemos... Y vámonos, vámonos pronto, si no quiere usted que rompa á llorar como un chicuelo. (Limpiándose los ojos.)

MIG. (A Sinforoso.) Dices bien. Ahora mismo saldremos para la Pomarada. Allí me tendrán todos ustedes á su servicio. ¡Señor Duque!.. ¡Cándida!.. Permítame usted que le dé este nombre, y permítame también que le dé un abrazo de despedida.

DUQUE Concedido. (Se separa un poco de Cándida y se acerca al conde de Quintero.)

MIG. Gracias de nuevo. (Se acerca á Cándida. En voz baja.) ¿Irás á verme?

CAND. (Abrazándole.) Sí, Miguel. (Bajo.) Sí, pa...

MIG. (Interrumpiéndola.) Tu Miguel, tu pobre Miguel, tu viejo... Adiós... adiós. (Se separa de

Cándida.) Andando, Sinforoso... Hasta la vista, señores... Hasta que Dios quiera... (Cándida oculta el rostro para disimular su emoción.) En marcha... Vamos... (Da dos ó tres pasos hacia la puerta del fondo y vacila. El Duque y el conde de Quintero van á acercarse á él, pero Sinforoso se adelanta.)

SINF. ¿Qué le pasa á usted?

MIG. (Rehaciéndose.) Nada... no es nada... Un ligero vahído... pero ya pasó... ya pasó... Ven, Sinforoso. (Don Miguel se apoya en el hombro de Sinforoso.) Así, á mi lado... cerca de mí... los dos juntos... juntos... ¡Siempre juntos! (Salen don Miguel y Sinforoso, el cual lleva arrastrando al primero. En primer término está Cándida, casi á punto de desfallecer. El conde de Quintero, el Duque y Ramírez estrán en oto grupo.)

TELÓN

EPÍLOGO

Corralada de una casa de labranza. A la derecha puerta de entrada de la casa. En el fondo otra puerta grande. A la izquierda una tapia alta cubierta por un emparrado, y otra puerta. En la escena se ven varios aperos de labranza y un carro rústico, como los que se usan en Asturias para las labores del campo. Por detrás de la tapia asoma la parte alta de un «hórreo». Todos los detalles han de dar idea de los caseríos que existen en la provincia de Asturias. Un sillón á la derecha y varias banquetas rústicas por diversos sitios.

ESCENA PRIMERA

JUAN, que sale de la casa, y después FRANCISCO

JUAN — (Mirando.) Nada... Aun no ha venido Sinforoso. ¿Por dónde andará? Me dijo que iba al prado del Recusar. Lo que siento es que don Miguel se aburre de estar solo en casa y quiere salir á que le dé el aire. ¡Pobre señor! Desde que le echaron del palacio es otro hombre. Bien se han portado con él los amos... Me parece que viene Sinforoso. (Dirigiéndose hacia la puerta.) No, es Francisco.

ESCENA II

JUAN y FRANCISCO

FRAN. — (Entrando.) Buenas tardes, Juan.

JUAN — Santas y buenas, Francisco. ¿Tú por aquí?

FRAN. — Ya lo ves, hombre.

JUAN ¿A qué vienes?

FRAN. A lo de siempre. A preguntar por don Miguel. ¿Cómo sigue?

JUAN (Señalando la casa.) Arriba queda. No está muy bien el infeliz.

FRAN. ¿Qué es lo que tiene?

JUAN ¿Qué ha de tener? Penas. ¿Crees tú que lo que han hecho con él está bien hecho?

FRAN. No. Y á tí, ¿qué tal te va?

JUAN Bien Cuando salí del palacio por no poder aguantar al ayuda de cámara del Duque, me vine aquí, á la «Pomarada». Sinforoso me trajo á su casa: yo le ayudo en las faenas de la labranza, y los tres lo pasamos tan guapamente. En esta casa no hay lujo ni señorío, pero nadie me trata con malos modos, como ese Nicolás. Nunca ví criado peor criado que él.

FRAN. En eso tienes razón El mejor día también le dejo yo plantado.

JUAN ¡Qué humos! Más que los mismos señores

FRAN. Más, mucho más. ¡Y qué orgullo! Que si los pobres tenemos que conformarnos con los trabajos y con las fatigas... A mí me parece que los pobres no cabemos en este mundo, Juan.

JUAN Menos mal que el otro es mejor, según dicen.

FRAN. Allá veremos, Juan, allá veremos.

JUAN (Mirando hacia el fondo.) Aquí está Sinforoso.

ESCENA III

JUAN, FRANCISCO y SINFOROSO, que entra con una azada al hombro

SINF. ¡Hola! ¿Tú por aquí? (A Juan.) ¿Y don Miguel?

JUAN Aguardándote está.

SINF. Pues dile que ya he venido.

JUAN Ahora voy. (Al entrar.) Adiós, Francisco.

FRAN. Adiós, Juan (A Sinforoso.) ¿Conque no anda muy bien el pobre viejo?

SINF. Está algo delicado de salud. Por eso procuro retenerle en casa.

FRAN. ¿Se acuerda mucho de los señores?

SINF. No va muy bien de memoria don Miguel, y yo me alegro, porque si la memoria no ha de servir más que para recordar cómo cambian los tiempos y las personas, la memoria es un estorbo. Pero nada le falta. Está conmigo. Le debo yo mucho para que deje de tratarle con cariño.

FRAN. La señora duquesa le quiere de veras.

SINF. Pero consintió que su marido le alejase de su lado. Sin duda las personas elevadas no pueden soportar las flaquezas y los desvaríos de los viejos. Yo entiendo la caridad cristiana de distinto modo.

FRAN. Voy á dar noticias de don Miguel á la señora duquesa. Ha venido con el señor Duque á la Pomarada, y antes de volverse á casa quiere saber de él. Puede que entre á verle.

SINF. No entrará, pero dile que no se alarme por el estado de su viejo. Yo me he propuesto que viva contento, y casi lo he conseguido. Compré al lado de esta casa una finca, aquélla, (Señalándola.) perteneciente á las tierras, que, según supone don Migual, son de su propiedad, y le he hecho creer que ya empieza á entrar en posesión de las riquezas que le corresponden. ¿Que esto es mentira? Ya lo sé; pero si para hacer el mal se miente, más justo es mentir algo para hacer el bien

FRAN. Sí, es lo mejor. Adios, Sinforoso.

SINF. Adiós, Francisco. (Vase Francisco.)

ESCENA IV

SINFOROSO, y luego DON MIGUEL, conducido por JUAN

SINF. ¡Dice Francisco que le quieren de veras! ¡Ingratos! Porque dijo ó no dijo le despidieron, después de obligarle á pedirles perdón.

Perdón, y le insultaron cobardemente. Y el pobre viejo siempre pensando en ella, en su Cándida... ¡Su Cándida! Y ni siquiera se han molestado en venir á verle. Un simple recado, y gracias... Todos son iguales... Muchos títulos y muchos señoríos, pero caridad ninguna. (Mirando hacia la puerta.) Parece que se ha cansado de esperarme. (Sale con Miguel apoyado en el brazo de Juan.) ¿Don Miguel?

MIG. Me cansé de aguardarte. (A Juan.) Vamos, hombre, hasta el sillón.

SINF. (Acercándose.) Despacio.

JUAN No tengas cuidado, que no se cae.

SINF. (Ayudándole á sentarse.) Aquí .. ¡Ajajá!

JUAN Se empeñó en salir... No pude convencerle. .

MIG. Convencerme, ¿de qué? Anda, anda á tus quehaceres, que aquí me quedo yo, disfrutando de esta tarde tan tibia y tan hermosa.

JUAN Allá me voy. (Vase por el fondo.)

ESCENA V

DICHOS menos JUAN

MIG. (A Sinforoso.) Y tú conmigo.

SINF. Con mucho gusto. (Coge una banqueta y se sienta á su lado.)

MIG. Allá, en mi habitación, me aburro y no hago más que pensar en una misma cosa, siempre la misma...

SINF. (Interrumpiéndole y con cierta contrariedad.) Sí, ya sé que siempre está usted pensando en ella. Como si los demás no fuéramos nadie.

MIG. No es eso, amigo mío. Es que tengo la cabeza tan débil, tan trastornada, que muchas veces me asalta la idea de que voy á morir sin verla, sin verla una vez siquiera. Mira, ahora mismo, hace un momento, me figuraba que oía hablar á Cándida, al Duque y al impertinente aquel de las bromas, á Ramírez. Ya sé .. ya sé que todas estas cosas no son más que alucinaciones de un cerebro enfermo, de un cerebro que se acaba.

SINF. ¡Bah, qué tontería! Usted está sano y fuerte. Una temporadita de reposo, y después á olvidar lo pasado, á seguir viviendo como antes... mejor que antes

MIG. ¡Seguir viviendo! ¡Ay, Sinforoso, me parece que te equivocas!... Lo observo yo... ¿Has visto con qué claridad se advierte en el campo cómo concluye el día. Al ponerse el sol empiezan á levantarse las sombras desde el suelo como si hubieran estado allí acurrucadas durante el día, y se irguieran de improviso al llegar la noche. Pues tan claro veo yo mi próximo fin... Sí, amigo mío, siento que se disipa la alegría de la esperanza, que se borra la luz de la razón, que todo se pone negro y triste á mi alrededor. . ¡Es que llega la noche de la muerte!

SINF. ¡Vaya unas ideas!... ¿A qué pensar ahora en esas tonterías? ¿No está usted conmigo? ¿No le trato con cariño? ¿No procuro adivinarle hasta las intenciones?

MIG. (Estrechándole la mano.) Sí... eso... sí No sé cómo pagarte, hijo mío.

SINF. Además: ¿no empiezan ya á ponerle en posesión de sus bienes? ¿No le hacen justicia por entero? ¿Pues que más quiere?

MIG. (Con alegría) ¿Mis bienes? ¿Por último me los devuelven?... Al fin triunfé... al fin me posesionaré de mis fincas, de aquel mayorazgo que gozaron mis abuelos...

SINF. Ayer hablé con el juez y con el escribano, y un día de estos vendrán á entregarle todo lo que es suyo.

MIG. ¿Todo?

SINF. Sí, señor, todo; sus tierras, sus prados, su señorío, ¡porque es un señorío verdadero!

MIG. El mejor de Asturias.. Y no lo digo por vanidad, porque ya sabes que no tengo orgullo, sino para que vean esos que han tratado de humillarme que no soy un pelafustán... un cualquiera. . Que soy un noble de abolengo, en una palabra.

SINF. ¡Claro que si!

MIG. Ahora ya podré hablarles como uno de su

alcurnia ¿Que ellos son señores? ¡También lo soy yo! ¿Que tienen grandes propiedades? ¡También las tendré yo! ¿Que ostentan escudos blasonados? ¡Más ilustres son los míos! Y cuando me encuentre instalado en mi antigua casa solariega, los humillaré á todos, menos á ella, porque ella vendrá. ¿Verdad, Sinforoso, que vendrá á verme alguna vez?

SINF. Sin duda.

MIG. Y el día en que yo muera, todo para tí, porque eres mi mejor amigo, el único que se ha portado bien con este pobre viejo... Ya ves, Cándida debía venir á verme, aunque el Duque se opusiera. Y su olvido me llena el alma de angustia, me produce una pena indecible. (Se queda otra vez triste y pensativo.)

SINF. Vaya, vaya, á serenarse un poco, y sobre todo á no pensar en cosas tristes. Se lo he dicho muchas veces. No debe usted echar de menos el auxilio de los grandes cuando un humilde se lo ofrece de muy buena voluntad. El dinero que viene de arriba, como cae de la altura, suele lastimar á quien lo recibe. En cambio el de los pobres, como va de bolsillo á bolsillo, ni se ve al ser recibido, ni choca con violencia en las manos que lo recogen.

MIG. (Tristemente.) No era auxilio lo que yo reclamaba de ellos, sino consideraciones, respeto, lástima siquiera. Lo demás ya no lo necesito ni lo tomaría tampoco aunque lo necesitase.

SINF. No piense usted en ellos.

MIG. Tienes razón No pensaré más en ellos, no los veré nunca... Pero á ella sí... á ella quiero verla, aunque no sea más que una sola vez, una vez siquiera.

SINF. Hace pocos momentos estuvo aquí Francisco á preguntar por usted (Como quien recuerda una cosa.)

MIG ¿De parte de Cándida? (Con gran ansiedad.)

SINF. Sí, señor; de su parte

MIG. Pues irás á verla para decirle que quiero hablarle. ¿No es cierto que irás?

SINF. Iré. Pero cuando esté usted más tranquilo.

MIG. Ya estoy tranquilo, más que tranquilo gozoso.

SINF. Pues mañana iré.

MIG. ¿De veras?

SINF. Sin falta.

MIG. Y después siempre á tu lado.

SINF. A mi lado. ¡Claro está!

MIG. Gracias, hijo mío... Un abrazo.

SINF. (*Abrazándole.*) Y mil que usted quiera.

MIG. No sabes cuánto te agradezco tus cuidados.

SINF. En mí encontrará siempre sostén para sus debilidades y corazón para corresponder á su cariño... (*Levantándose.*) Ea, basta ya de arrumacos y de mimos. El sol acaba de ponerse, oigo el ruido del ganado que Juan trae del campo, y voy á dar un vistazo á las vacas, á nuestras vacas, á la *Manchada* y á la *Morena*, que ya deben de estar rabiando por entrar en la *corte*. ¿No se ha fijado usted en que por algo llamamos los campesinos de Asturias *corte* al establo?

MIG. (*Sonriéndose.*) Eso no es muy halagüeño para los cortesanos.

SINF. Y usted á recogerse en casa porque empieza á caer la tarde y le puede hacer daño el relente. (*Hace ademán de levantarle.*)

MIG. Al contrario, tonto, al contrario. Hace un tiempo hermosísimo y la brisa del campo me ensancha los pulmones. Mientras atas las reses, yo quedo aquí, en mi sillón, tan ricamente. Cuando concluyas vienes á buscarme, después á cenar y hasta mañana.

SINF. En seguida vuelvo.

MIG. No te apresures.

SINF. Adiós.

MIG. Hasta luego.

ESCENA VI

DON MIGUEL solo. En este momento empieza a ponerse el sol.

¡Cuánto me quiere Sinforoso! ¡Así son las compensaciones que la Providencia da á los pesares humanos! El que no lleva mi sangre, ni me debe la vida, se acerca á mí, me rodea de cuidados y me rinde su cariño... La que es hija mía y tiene mi sangre, esquiva el verme y no viene nunca á disipar la niebla de mis soledades con la luz radiante de su hermosura... Y es que á veces la materia nada importa para los parentescos... ¿Laten al unísono dos corazones? Pues crean dos hermanos aunque no haya en ellos vínculos de nacimiento. ¡Qué valen las leyes del cuerpo donde existe el imperio de las almas!... Pero sí valen, sí... Que yo me resisto á pensar en ella y su recuerdo no me abandona un solo momento. . Porque volviera á decirme padre otra vez, entregaría con gusto la vida entera. (Pausa.) A veces me pongo á soñar y sueño que Cándida se ha impuesto á la voluntad de su esposo y dejándose de miramientos sociales llega hasta mí para decirme: «Padre, padre mío, aquí estoy para alegrar tus soledades.» Y siento su voz dulce que acaricia mi oido, siento sus manos suaves que acarician mi cara, siento sus brazos reposando sobre mis hombros y su aliento mezclándose con el mío. . Pero el sueño pasa y al despertar me encuentro solo, solo sin palabras dulces, sin caricias suaves, sin abrazos estrechos y sin besos llenos de amor!... ¡Ah. . pobre viejo! ¿Por qué sueñas? ¿Porqué deliras? Tú serás siempre intruso, siempre... Como un intruso te metiste en un hogar que no era tuyo... Fuiste intruso para el amor, intruso para la paternidad, intruso para la vida, intruso para todo... No esperes

nada, no aguardes nada... Muere solo, sin afectos que alivien tus dolores, sin hijos que te cierren los ojos en la hora de la muerte... (Queda abatido en el sillón y aparece Francisco que avanza cautelosamente hasta el sitio donde se encuentra don Miguel.)

ESCENA VII

DON MIGUEL y FRANCISCO

FRAN. Sí, allí está... ¡Pobre señor... ¿Se habrá dormido?

MIG. (Incorporándose.) ¿Eh? ¿Quién va? ¿Quién es?

FRAN. ¡Soy yo! Francisco... Perdone si le incomodo. ¿Estaba descansando, verdad?

MIG. No. Estaba distraido. Pero no me incomodas. Acércate, Francisco... Acércate más, hombre. ¿Cómo tú por aquí?

FRAN. Vine con los señores duques.

MIG. (Con sobresalto.) ¡Los señores duques! ¿Están aquí?

FRAN. Ahí cerca... En la quinta de la Pomarada. Me mandaron que viniese á preguntar por usted; vine, me dijeron que estaba algo malo y dí el recado á los señores.

MIG. Preguntó por mí ella... la señora duquesa, ¿no es cierto? (Con gran ansiedad.)

FRAN. Ya lo creo. Y hace un momento, cuando yo le dí las malas noticias... (Vacilando.) Digo no, malas no.

MIG. Sí, tonto, sí; no te apures... Si yo sé que no estoy bueno... Pero eso no me importa .. Lo que me importa es lo otro... Lo que me decías .. ¿Conque la señora duquesa al oir que yo estaba malo?...

FRAN. Se puso muy triste, y en seguida mandó enganchar el coche para retirarse. Dentro de poco saldrá... Desde aquí oiremos el ruído de los cascabeles que llevan puestos los caballos... A mí me parece... la verdad, me parece que la señora quiere ver á usted.

MIG. (Con mucha alegria.) ¿Tú crees? Sí, claro que sí.

En cuanto supo que yo... Naturalmente... Mandó que le preparasen el coche... ¡Ay, Francisco, qué alegría me das.. qué alegría tan inmensa!

FRAN. Como la carretera pasa por este lado, yo me figuro que los señores duques se pararán un momento. Digo, creo que aunque el señor Duque no quisiera, ella... ella.

MIG. Ella sí, ella sí querrá... Tú la conoces muy bien, Francisco... Demasiado sabes tú que ella me quiere.

FRAN. ¡Y tanto!

MIG. ¡Dios mío, Dios mío! Voy á tener el consuelo que soñaba... Voy á verla.

FRAN. Eso mismo digo yo. Vendrá á despedirse de usted, porque mañana mismo se vuelven á Madrid.

MIG. ¿Mañana?... Pues entonces no hay duda. ¿Cómo se había de ir sin verme?... Eso no era posible.

FRAN. A menos que no tengan algún reparo, porque como el señor es así... Y luego que después de lo ocurrido puede que crean que está usted enojado.

MIG. ¿Enojado yo? Quita allá... ¿Enojado con ella? ¡Ni pensarlo! ¡Ay, Francisco, corre, corre y dila, así como si á ti se te ocurriera, que al pasar la espero, que estoy deseando verla... que venga un momento nada más... Anda.

FRAN. Tengo cortedad. Me infunden tal respeto los señores... Pero vendrán, de seguro que vienen. Ya me parece que siento el ruído del coche.

MIG. (Escuchando con ansiedad.) ¿Sí? Yo no oigo.

FRAN. Se acerca el coche, se acerca... Escuche usted, don Miguel.

MIG. ¿A ver? Nada; no oigo.. no oigo nada.

FRAN. Si es que...

MIG. ¡Calla! (Pausa.) Parece que sí... Algo muy lejano... Sí, sí... Ya lo oigo... ya lo oigo. (Muy conmovido.)

FRAN. ¿No lo dije? Y llegan á escape... En dos trotadas. Corren más los caballos...

MIG. ¡Qué emoción! ¡Qué alegría tan grande! Gracias, Francisco, gracias. (El rumor y el ruído de las campanillas y cascabeles se irá acercando paulatinamente, conforme el sentido del diálogo. Después se notará un ruído como si el coche pasara por el foro, para irse extinguiendo el ruído de nuevo. Como es natural, el diálogo se sugetará á este ruído, que debe imitarse con la mayor perfección posible para el efecto escénico. El ruído debe hacerse de una manera tan tenue que al principio apenas lo oye el público, y al alejarse el coche el repiqueteo de campanillas y cascabeles también cesará muy lentamente.)

FRAN. Ya están muy cerca.

MIG. (Muy contento.) ¡Y qué gusto da oir el repiqueteo de los cascabeles! (Imitando el sonido.) Tin... tin... tin... Parece cosa de música, ¿verdad, Francisco?

FRAN. Sí, señor. ¡Y qué bien suena!

MIG. (Golpeándose el pecho.) Mejor suena aquí, Francisco, mejor suena aquí... en mi corazón.

FRAN. Ya llegan, ya llegan.

MIG. Sí... ¡Ya están ahí!... Ahora pararán... Vamos, vamos á su encuentro. (Trata de salir al encuentro de los duques. Francisco le ayuda.) ¡Pronto!

FRAN. Andando. (Se aleja el ruído.)

MIG. Pero, ¿no paran?

FRAN. Parece que siguen.

MIG. (Con espanto.) ¿Eh? ¿Dices que se van? (Escuchando.) No... sí... ¡se van!... se aleja el ruído... se aleja... ¿oyes? Ahora es menor... ¡Desdichado de mí! ¡No quiere verme, no quiere verme! (Sollozando.)

FRAN. (Aparte.) ¡Pobre don Miguel!

MIG. (Exaltándose.) No... no será... no puede ser... Salgamos, salgamos... Daremos voces... Anda, anda. (Empujando á Francisco.) ¡Sosténme, sosténme! ¡Más aprisa! ¡Más aprisa!... ¡Corramos! ¿No me oyes?... ¡A escape!... ¡A escape digo!

FRAN. Pero, señor...

MIG. Yo quiero verla, ¿entiendes? Quiero hablarla... Que no se aleje, que no huya... (Gritando.) ¡Cándida!... ¡Cándida! ¡Vuelve! ¡Mi Cán-

di...! ¡Ah!... (Se ahoga la voz en su garganta, y después de una gran agitación, don Miguel cae sin conocimiento en los brazos de Francisco, que se apresura á sostenerlo.)

FRAN. ¡Don Miguel!... ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA VII

LOS MISMOS, SINFOROSO y JUAN

SINF. ¿Qué sucede? Don Miguel... ¡Pronto! ¡Aquí! (Colocan á don Miguel en el sillón.)

JUAN Se muere.

SINF. (Inclinándose sobre don Miguel.) Animo... valor...

MIG. (Incorporándose y tendiéndole los brazos.) ¿Eres tú?

SINF. Sí, yo soy. ¿Qué le pasa á usted?

MIG. (Con voz muy débil.) Me muero.

SINF. Eso no es nada... Un ligero vahído... Vámonos á casa. (Trata de incorporarle.)

MIG. Te engañas, Sinforoso, te engañas... Es la muerte que empaña mis ojos... la muerte, que llega... ¡El descanso eterno! ¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡Ah!... (Después de un ligero extremecimiento, queda inmóvil.)

SINF. ¡Don Miguel!

JUAN Muerto.

FRAN. ¡Pobre señor!

SINF. (Después de mirarle un momento.) ¡Muerto, muerto!... (Arrodillándose cerca del cadáver.) ¡No le llorará nadie más que yo! ¡No le rezará nadie más que yo! Pero mis lágrimas y mis oraciones serán suyas. (Besándole la mano.) ¡Juntos! ¡Siempre juntos! ¡Hasta en la muerte! (Juan y Francisco contemplan tristemente el cuadro.)

TELON

OBRAS EN COLABORACION DE LOS MISMOS AUTORES

Blancos y Negros.—Drama en tres actos.

El Pan del Pobre.—Drama en cuatro actos (2.ª edición)

De Méjico á Villacorneja.—Juguete cómico en dos actos.

El judío Polaco.—Melodrama en tres actos.

Los Plebeyos.—Drama en tres actos (2.ª edición).

El lujo.—Drama en tres actos.

Fedora.—Drama en cuatro actos.

El Intruso.—Drama en dos actos y un epílogo.


3 0112 117460854